EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

VOLAR SIN ALAS,

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Gara y cruz.
Dos sobrinos contra un tío.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
smirlosblancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y a moda.
¡Está loca
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las aparencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castila (alegoria
La calle de la Montera
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.

VOLAR SIN ALAS.

VOLAR SIN ALAS,

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON JUAN CATALINA. 1830-1876.

Estrenada en el teatro de la Zarzuela el dia 5 de Febrero de 1867.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLARA....................	Doña Matilde Diez.
EUGENIA..................	Clotilde Lombia.
JULIA....................	Adelaida Zapatero.
ANASTASIA................	Emilia Dansan.
ADELINA..................	Trinidad Sabater.
LA SEÑORA DE RODRIGUEZ.	Balbina Prado.
ALFREDO.	Don Manuel Catalina.
PERELLADA................	Francisco Oltra.
EL CONDE.................	Juan Casañer.
RUPERTO.	Emilio Mario.
ANDRÉS...................	Manuel Pastrana.
CAPARROSA................	Miguel Ibañez.
GASPAR...................	Manuel Steso.
DON SEVERO...............	Agustin Móstoles.
ANTONIO..................	Ramon de Guzman.
UM CRIADO................	Telesforo Garraion.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada al estilo de principios dèl siglo. Sillones de cuero, retratos de familia con marcos de roble, etc. Puertas laterales que conducen al interior de la casa y á la tienda, que se supone en el piso bajo. En el foro, puerta que dà al comedor. Un gran armario de pino pintado, lleno de ropa blanca. Un secreter antiguo con embutidos, etc.

ESCENA PRIMERA.

ANASTASIA y CAPARROSA.

Anastasia sacando la vajilla del armario. Llaman á la primera puerta de la derecha, que es la entrada del exterior.

CAP. Se puede entrar?

ANAST. Ah! Señor de Caparrosa? Es usted?

CAP. Yo, yo mismo. No han llegado aun?

ANAST. No señor.

CAP. Eso me ha dicho don Severo al entrar, que he pasado por la caja.

ANAST. Se habrá retrasado el tren.

CAP. Sí, eso es lo ordinario. Pues toma esto mientras tanto (Dándole dos botellas de vino que trae bajo el gaban.)

ANAST. Para la comida? Las llevaremos á la cocina.

CAP. Cuida no te se rompan. No se encuentra hoy tan fácilmente un Valdepeñas como ese.

ANAST. Ah! Ya lo creo. Aquí las dejo mientras acabo de sacar la manteleria.

CAP. Quieres que te ayude?

ANAST. Ah! No señor, no. Desde que mi pobre ama murió, aquí no llegan mas manos que las mias. Pobre señora! Siempre que me acerco á este armario, me parece verla arreglando sus sábanas y sus manteles.

CAP. Era todo lo que se llama una ama de su casa, mi pobre prima! Qué hubiera sido de su hermano, el buen Perellada, sin tí? Un solteron empedernido que se encontraba de repente con una casa de comercio como esta á su cargo, y dos huérfanos por añadidura. El muchacho Alfredo, pase, ya tenia veinte y dos años; pero Eugenia, que apenas contaba siete... Capaz era Perellada de haberse casado solo para procurar una madre á su sobrinita, si no hubiera pensado que en vez de madre era posible que la diera una madrastra, mientras que confiándotela á tí...

ANAST. Ah! sí. Pobre niña!

CAP. De suerte que gracias á la buena Anastasia, la casa ha continuado siendo una balsa de aceite. Perellada, no cuidándose del interior, ha podido hacer frente á los quehaceres del almacen, que ha marchado en el mismo órden que cuando su hermana estaba en el mostrador y su cuñado en el escritorio. La Bandera Española continúa siendo el comercio de paños mas respetable de la Plaza Mayor y mas concurrido de Madrid. Alfredo se casó, la chiquitilla se ha hecho un pimpollo de oro, y no sin orgullo debes decir que la prosperidad de la casa se debe á tí en parte, como á los demas honrados dependientes.

ANAST. Y hoy es completa nuestra alegria, pues que vuelve Eugenita de Zaragoza, donde ha pasado dos años al lado de su tia, y la preparamos un recibimiento de mar-

quesa. Macarrones á la italiana, pavo asado y unas orejas de fraile que he amasado yo con mis manos.

CAP. Y mi vino de Valdepeñas. Dime, dime, cuántos seremos á la mesa?

ANAST. Toma, toda la familia. Pues no sabe usted que ademas son los dias de la señorita Clara?

CAP. Ah! Sí, de la mujer de Alfredo?

ANAST. Y el aniversario de su casamiento.

CAP. Tambien? Ay! Cómo se van los años. Diez hace que se casaron.

ANAST. Diez, sí señor.

CAP. Y ni una mala media docena de chiquillos.

ANAST. Qué docena! Con uno nos hubieramos contentado, y que aquí para entre nosotros, señor don Sisebuto, nos hace mucha falta. Se evitarian tantas cosas si hubiera un hijo de quien cuidar...

CAP. Pues qué el matrimonio...

ANAST. No, no señor, dos ángeles. Pero la señorita no pasaria la vida tan aburrida.

CAP. Se aburre?

ANAST. Pues claro. Y qué quiere usted que suceda con la educacion que reciben las jóvenes del dia? Ella, por ejemplo, hija de un honrado comerciante al pormenoo de la plazuela de Santo Domingo, y educada sin embargo en Paris; muy bien, eso sí; pero entre hijas de condes, de embajadores, de banqueros, mucho baile, mucho francés, mucho piano, y todo esto, para qué? Para ayudar á llevar los libros á su marido en un almacen de paños de la Plaza Mayor. Si la señorita tuviese un hijo!

CAP. Demonio, demonio! Pues yo no habia notado...

ANAST. No es extraño. Pero don Alfredo... um... Él sí que lo ha notado aunque lo disimula... pero anda preocupado tambien, desde hace algun tiempo, casi no para en casa. Ay, don Sisebuto!

CAP. Ea, mientras vienen, entraré un momento en mi casa.

ANAST. Para qué?

CAP. Ya ves; no he traido mas que dos botellas, y seremos

seis á la mesa, hacen falta otras cuatro, hoy es dia de alegria.

ANAST. Que á las dos en punto se come.

CAP. Ya lo sé, ya lo sé. (Váse.)

ESCENA II.

ANASTASIA, CLARA.

CLARA. Calla! No es el primo Caparrosa el que corre por allí?

ANAST. Sí, señora. Vuelve al momento; pero si quiere usted que le llame?

CLARA. No, no, buen viaje. Déjame tú tambien.

ANAST. Al instante. Ya tengo listo el servicio de mesa. Lo llevaré al comedor. (Se lleva el canastillo con la bajilla y ropa, y Clara observa que se va.)

CLARA. Anda con Dios.

ESCENA III.

CLARA y JULIA.

CLARA. Ya puedes entrar.

JULIA. Qué de ceremonias, querida! Vaya! Corremos riesgo en darnos un abrazo?

CLARA. Ninguno. Lo estaba deseando.

JULIA. Ya se conoce, hija.

CLARA. Diez años sin vernos.

JULIA. Que sin duda me han cambiado mucho.

CLARA. No lo creas.

JULIA. No? Estoy lo mismo? Pues entonces no querias conocerme, porque te has hecho la desentendida de un modo...

CLARA. No, la cortedad... la vergüenza.

JULIA. Vergüenza? De qué?

CLARA. De nada. Pero explícame ante todo, por qué casualidad te he vuelto á encontrar, y en mi casa, en una tienda de paños.

JULIA. Hija, la cosa mas sencilla del mundo. Figúrate que la

baronesa del Cesped llevaba ayer en la Castellana un abrigo azul de la misma tela que hemos visto abajo en tu almacen. Yo sabia que no estaba hecho en Paris, porque he llegado hace quince dias, y allí no habia ni rastro... ademas que eso se conoce á legua; pregunto, inquiero en todas las modistas, en casa de Garma, de Baqué, nada. Donde encontrará usted eso, señora, me dijo por fin Honorina, es en La Bandera Española, Plaza Mayor; son géneros ingleses; llego, te veo, tú vuelves los ojos, pero yo insisto, y al cabo me reconoces, algo friamente en verdad, pero en fin, me conduces á esta sala con el mayor misterio, y aquí tienes explicado cómo una amistad de colegio puede reanudarse con la ayuda de tres varas de castor inglés.

CLARA. Y me preguntabas si habias cambiado? No hija, no, siempre eres la misma, tan alegre!

JULIA. Qué quieres que haga?—Conque casada?

CLARA. Si.

JULIA. Hijos?

CLARA. No.

JULIA. Magnífico. Debes estar muy contenta. Los hijos son tan engorrosos!... Yo no tengo mas que una niña, y te aseguro...

CLARA. Ah! Muy grande?

JULIA. Siete años, Clara mia, siete años ya! Es horrible, verdad? Afortunadamente, hace seis que la tengo con mamá, que vive en Albacete.

CLARA. Ah! Pues entonces...

JULIA. Sin embargo, es un tormento perpétuo. Á lo mejor me escriben: «Conchita tiene una tos cruel,» ó bien: «Hoy ha amanecido con calentura.» Las familias son terribles; no deben decirle á una esas cosas, hasta que ya han pasado, porque si yo no estuviera tan ocupada como estoy, me haria pasar una vida de perros.

CLARA. Ah! Estás muy ocupada?

JULIA. Muchísimo. Figúrate: en primer lugar, soy viuda.

CLARA. Pobre Julia! No sabia...

JULIA. Sí, hija, sí. Me casé con el Vizconde del Fresno, una boda de conveniencia: mis padres se empeñaron... una fortuna regular, pero la salud mas desdichada... Me he pasado los años de matrimonio visitando todas las aguas conocidas, desde Vichy hasta Loeches, y por fin, mi marido murió en Jaca de alferecia. Pero lo peor del caso, es que su familia me entabló un pleito y me han quitado la administracion de los bienes de mi hija, dejándome únicamente dos mil duros de pension anual como alimentos. Ya ves tú, qué se puede hacer con esa miseria? Es verdad que podria volver á casarme, pero me repugna tanto dar un padrastro á mi hija... Luego como tengo tan buenas relaciones, sobre todo en los círculos financieros, lo paso perfectamente. Por todas partes me invitan, se me disputan en todas las reuniones; los veranos viajo, y aun algunos inviernos: hago negocios ..

CLARA. Negocios?

JULIA. Pues claro, hija. Con cuarenta mil reales crees que se puede figurar en el mundo? No hay para empezar, y si yo no me ingeniase...

CLARA. Pero cómo?

JULIA. Yo busco negocios; por medio de mis amigos saco concesiones del gobierno, que luego traspaso á sociedades anónimas ó no anónimas. Ahora vengo de Paris precisamente de arreglar uno que será otra California.

CLARA. Hola!

JULIA. Sí, hija, sí. Los alcornoques de Beney Salaya en Marruecos. Trescientas mil hectáreas de alcornoques magníficos, casi antidiluvianos que se comprarán por un pedazo de pan, y que han de producir una ganancia enorme. Si el negocio se formaliza, que para esto trabajo, formaremos una sociedad con cincuenta millones de capital nominal. Se cotizan las acciones desde el dia siguiente, yo me reservo diez mil; en cuanto tengan tres por ciento de prima, las suelto; y ahí tienes ochenta mil duros de utilidad en un volver de cabeza.

CLARA. Ochenta mil duros!

JULIA. Ademas, un tanto por ciento sobre los beneficios, y completo los dos milloncitos, que hoy son indispensables para vivir decentemente. Seis mil duros de renta ó diez mil si se emplean en treses.

CLARA. Pero tú crees que esos beneficios?...

JULIA. Indudables, inocente, indudables. No sabes lo que es el alcornoque; esa preciosa madera que pronto será de última moda. Para la construccion... sano, ligero, exento de humedad. Pronto verás los suelos de alcornoque, las paredes de alcornoque, las mesas, las camas. las chimeneas... ya sabes lo que es en Madrid en tomando vuelo una idea. Pues y para los empedrados de las calles? Dónde hay nada mas elástico ni mas suave... Qué comodidad para los caballos que trotan, para los carruajes que se balancean muellemente... si es la idea mas preciosa... Te digo que hacemos una revolucion, y que no has de ver mas que alcornoques por todas partes: ahora ya sabes que no se ven pocos! Pues mas, querida, mas todavia. Conque vamos, ya es tiempo de que hablemos de tí. Cuéntame, qué es de tu vida?

CLARA. Hija, aquí encerrada...

JULIA. Ya, este es tu salon. Aquí recibes las visitas?

CLARA. Aquí.

JULIA. No te enfades, pero no es muy elegante que digamos.

CLARA. Casa antigua, mueble de familia.

JULIA. Pobre Clara! Tú que en el colegio demostrabas instintos tan aristocráticos!

CLARA. Ah! Quién me hubiera dicho entonces que pasaria los diez mejores años de mi vida en un rincon de la Plaza Mayor.

JULIA. Pero cómo ha sido eso?

CLARA. Qué quieres? Hija de comerciante, era natural que en el comercio encontrase mi colocacion. Murió mi padre dejando sus asuntos bastante embrollados, y á mí bajo, la tutela de Perellada, tio de Alfredo; me trajeron á vivir á su casa, y al poco tiempo el excelente carácter de mi marido, sus atenciones, cautivaron mi corazon; un

dia me ofreció su mano, y no hay mas, nos casamos.

JULIA. Y desde entonces tu vida?...

CLARA. Desde entonces mi vida se desliza entre la tranquilidad y el hastio. Mi marido no es el potentado valioso y deslumbrador que yo habia soñado en mis ilusiones de colegio; pero es tierno, cariñoso, y considerado con su mujer; no me hace ostentar en los bailes y en los paseos el portentoso lujo de sus blasones y sus riquezas; pero no me deja carecer de nada necesario. En cambio nuestra existencia es monótona como ninguna. Por la mañana los cuidados domésticos, el escritorio, donde le ayudo á hacer cuentas y facturas, mas por entretenimiento que por obligacion. Á las dos en punto la comida, á las seis el chocolate, á las nueve la cena. Los domingos por la tarde al teatro del Príncipe, por las noches á las diez el sueño, y al dia siguiente la misma operacion.

JULIA. No es muy divertido á decir verdad.

CLARA. Ah! No.

JULIA. Pero por qué has aceptado este género de vida? Por qué te resignas?

CLARA. Á la fuerza. Sufro y callo. Mi cuerpo permanece clavado en el escritorio, mientras mi alma vuela tras las misteriosas impresiones de un mundo que no conozco, pero que adivino, que devoro en mis instantes de arrobamiento. En ellos todo lo que me rodea desaparece de mi vista: los compradores que entran y salen; los dependientes que cruzan, los mozos que vociferan... con los ojos cerrados, el pensamiento fijo en mis deseos, creo hallarme en esos salones, para los que siento que he nacido, rodeada de luces y de elegantes y deslumbradores goces. Cuanto Madrid encierra de escogido é inteligente, está allí, y yo me enorgullezco al ver que formo parte de ese mundo tan superior y tan admirado; de pronto me figuro disfrutar de esa vida del potentado errante que viaja en medio de las comodidades y el lujo, admirando el cielo puro y

embriagado de la Italia, las montañas inmensas, el mar, esas noches azules y serenas del Mediodia, todo, en fin, lo que conmueve el alma y fascina el pensamiento. Con un afan ardiente me apodero de mi sueño, le acaricio, le halago, y cuando vuelo en sus brazos á disfrutar de las delicias de ese mundo encantador, la voz del cajero viene á sacarme de mi éxtasis, rompiendo contra el mostrador mis alas de nacar y oro.

JULIA. Pobre! Pobre Clara mia! Estas expuesta á caer enferma!

CLARA. No; lo estoy ya. Y de la peor de las enfermedades. Tengo la nostalgia, el esplin. Me aburro; todo cuanto me rodea se ha hecho antipático para mí. Me parece vivir entre muertos. Esto no es Madrid, sino la aldea mas miserable. Y sin embargo, á tres pasos de aquí, fuera del recinto de esta lóbrega mansion, oigo un mundo risueño, veo una ciudad alegre, brillante, que va y viene, que vive, que goza, en fin, mientras yo sufro y lloro.

JULIA. Vaya, vaya, esto no puede continuar así; es preciso poner remedio y pronto.

CLARA. Cómo?

JULIA. Cómo? Variando de vida; lanzándote al mundo; gozando del bienestar que tu fortuna te permite, y esto sin abandonar vuestros negocios, sino mejorándolos á la vez.

CLARA. Qué dices?

JULIA. Empieza por montar un almacen en grande en la Puerta del Sol ó en la Carrera de San Jerónimo, suntuosamente, como los que estamos viendo inaugurar todos los dias. Madrid cambia de faz, y es preciso marchar con los adelantos de la época.

CLARA. Ve á decir todo eso al tio Perellada.

JULIA. Bien, pero tu marido...

CLARA. Oh! Mi marido detesta la Plaza Mayor como yo.

JULIA. Pues entonces...

CLARA. Pero nuestro comercio va muy bien, y dejarle así... Diez años de sociedad con el tio, que hoy se cumplen

por mas señas, nos han dejado mas de dos millones de beneficios netos por nuestra parte.

JULIA. Dos millones? Entonces no penseis en mas paños ni mas franelas!... Quereis interesaros en mis alcornoques?... Duplicais el capital en seis meses... Cuando concluye vuestra sociedad?

CLARA. Concluyó ayer.

JULIA. Pues nada, hija no renoveis la escritura!...

CLARA. Oh! si yo puedo...

JULIA. Pues claro es que podrás! Y entonces estás salvada?... (Mira la hora.) Pero charlando, charlando, me olvido de mis quehaceres me esperan á la una en el ministerio de Gracia y Justicia, son cerca de las dos, conque adios.

CLARA. Tan pronto?

JULIA. Sí, querida, sí; y muy contenta de haberte visto: porque es preciso ver á las gentes para comprender todo lo que se las quiere. Siempre se lo estoy escribiendo á mamá. «No me mande usted la niña, téngala usted á su lado, porque si yo llego á verla, ya no sabré separarme de ella; por consecuencia, mas vale que no la vea.»

CLARA. Sí; pero á mí que no soy tu hija, volverás á verme?

JULIA. Ya lo creo! No te dejo mis señas porque pienso mudarme... pero ya vendré... ya vendré...

ESCENA IV.

DICHOS, ANDRÉS.

AND. (Entrando por la puerta del foro.) Clara... Ah! Dispense usted, señora; no sabia que tuviese usted gente.

CLARA. Qué hay, Andrés?

AND. Un criado que trae esta carta de la señora de Rodriguez.

CLARA. Á ver. (Á Julia.) Una antigua vecina fabricante de gorras, que ha tenido la suerte que le expropien una casuca que poseia en la calle de Preciados, pagándosela

fabulosamente, y á quien ademas ha tocado un gran premio de la loteria...¡

JULIA. Ah! Cuando la fortuna empieza...

CLARA. Pero la mujer mas necia y mas orgullosa... Me permites, verdad? (Leyendo la carta.) Calla! me manda una muestra para que le busque un género igual.

AND. Ese será, porque el criado espera abajo.

CLARA. (Á Julia, ap.) Necia! (Á Andrés.) Bien, Andrés; tenga usted la bondad de dejar eso en esa mesa, voy en seguida. (Dándole la carta.)

AND. Está bien.

PER. (Dentro..) Por aquí, hija por aquí!

AND. El principal.

CLARA. Mi tio! (A Julia.) Ven, ven por este lado. (Á Andrés.) Vuelvo en seguida. (Á Julia.) Cuidado con la escalera, que está oscura.

JULIA. (Saliendo.) Es verdad... (Se van las dos.)

ESCENA V.

PERELLADA, EUGENIA, ANDRÉS, un DEPENDIENTE de la tienda que sube un saco de noche, una caja de sombrero de señor y una sombrilla.

PER. (Muy contento, trayendo del brazo á Eugenia.) Clara! Anastasia! Alfredo! Ven, hija, ven; buenos dias, Andrés.

AND. Bueno dias, Ah! Señorita!

PER. Pues qué, no hay nadie? Dónde diablos estan?

AND. Doña Clara ha bajado á la tienda; al instante sube.

PER. Llama á Anastasia; no, no... (Á Eugenia.) Tú, tú, llámala.

EUG. Anastasia!

ANAST. (Desde el foro.) Voy, voy!

PER. Ya lo ha oido. (Á Eugenia.) Calla y escóndete detrás de mí. No te muevas. (Lo hace.)

ANAST. (Corriendo desde el comedor.) Dónde está, dónde?

PER. Quién?

ANAST. Quién ha de ser? Eugenia... Qué, no la ha traido usted, señor?

PER. No, pobre Anastasia. No ha querido venir; se ha empeñado en quedarse con su tia, y me he tenido que volver solo.

ANAST. Pues si acabo de oir su voz...

PER. Quiá! Te has engañado.

ANAST. No señor, vaya! Es ella la que me ha llamado.

PER. Si ha sido Andrés!

ANAST. Que no, digo!... (Buscando.) Vaya, dónde me la ha escondido... yo sé que está aquí... (Viéndola.) Ah! cuando yo decia!...

EUG. (Corriendo á ella.) Anastasia!

ANAST. (Abrazándola.) Hija mia! Otra vez, otra... Qué guapa!... qué guapa estás!...

EUG. Cuánto me alegro de volverte á ver!

ANAST. Ay, hija de mi alma!...

PER. Vamos, vamos, qué es esto? Cuando la vuelvo á traer lloras?

EUG. Pobre Anastasia!

ANAST. No, no hagan ustedes caso; es de alegria... Dos años sin verla!... Cuando no se habia separado nunca de mí, cuando yo la he cuidado desde chiquitita... y cuando la quiero tanto!...

EUG. Vamos, no llores mas; mira que me vas á hacer llorar á á mí tambien.

PER. Sí, basta, basta. Dónde está Alfredo?

ANAST. El señorito salió; pero no debe tardar... (Mirando á Eugenia.) Lo que has crecido!

PER.. Dónde diablos puede estar Alfredo!... En un dia como hoy!... (Á Eugenia.) Pero, y á este? (Señalando á Andrés.) Ya no le conoces?

EUG. (Ruborcsa.) Ya lo creo! Andrés! mi compañero de infancia!

PER. Que se ha hecho un mozo aprovechado... Como que ya es nuestro tenedor de libros. Ah! Llamad á don Severo. (Andrés se va por el almacen.)

ESCENA VI.

DICHOS, CAPARROSA con dos botellas en los bolsillos del gaban y otra en cada mano.

CAP. Aquí estamos todos, aquí estamos todos! Y esa perla, dónde anda? (Viéndola.) Ah! Lucerito de la mañana!,..

PER. Eres tú, primo?

EUG. El primo Caparrosa!

CAP. Me ha reconocido!... Bravo, bravo!..,

EUG. Pues ya lo creo!

CAP. Pues ven, ven á darme un abrazo! (Eugenia va á él, pero antes de abrazarle la detiene con el gesto, llama á Anastasia y la da las botellae, segun marca el diálogo.) Ah! no, espera... Toma, Anastasia... no se rompan... ven ahora... Ah! no, todavia no!... Toma, que aun hay mas. (Le da las del gaban.)

EUG. Qué?

PER. (Riendo.) Siempre el mismo!...

CAP. (Abriendo los brazos.) Ahora! Aprieta bien...

PER. Cuidado, no la estrujes!...

CAP. Está hecha una rosa!...

ESCENA VII.

DICHOS, D. SEVERO.

PER. (Viéndole.) Ah! tú tambien? Entra, hombre, entra. (Á Eugenia.) Y á este le reconoces?

EUG. Al cajero? Pues no faltaba mas! El buen don Severo!...

PER. (Á Eugenia.) Acuérdate de que es algo sordo, háblale alto.

SEV. Hola! hola, señorita! Cómo lo hemos pasado? Tanto tiempo separada de nosotros...

EUG. Dos años largos... Se acuerda usted cuando yo era chiquita, y usted me hacia rabiar tanto?

SEV. Sí, y para desenojarte luego te hacia pajaritas de papel... Ahora ya has crecido de un modo que casi me da vergüenza llamarte de tú.

EUG. Y por qué?

SEV. Aunque yo, ya... un pobre viejo...

EUG. No tanto.

SEV. Sí, hija, sí. Soy mucho mas viejo que tú. Pero vamos, vamos, no se debe perder el tiempo; dame un abrazo y adios: hago falta para algo?... Este es el equipaje: dónde se coloca todo esto? (Tomando el saco de noche. Anastasia y Andrés quieren impedírselo.)

ANAST. Deje usted, don Severo; yo sola basto.

SEV. Que no! Dónde?... Ah! al cuarto que da al patio... por aquí... vamos, vamos. (Sale por la puerta de la izquierda.)

EUG. Pobre don Severo! Siempre tan servicial!

PER. Tan honrado! Tan... trátale con cariño y respeto, Eugenia; es de la familia. Hace veinticinco años que, fijo en su puesto desde la mañana á la noche, se ocupa de nuestros intereses con mas probidad y cuidado que si se tratara de los suyos propios. Hace algunos años, en una crísis comercial que afligió á toda España, tu padre y yo nos hallamos casi arruinados; teniamos vencimientos de importancia que satisfacer, y nuestra caja estaba vacia ó poco menos; en vano recorrimos todo Madrid buscando recursos con que salir de aquella situacion desesperada! Los amigos, ó estaban en peor estado que nosotros ó nos cerraban la puerta con desden. La hora de comenzar los pagos habia sonado ya, y mi cuñado y yo volviamos á casa con la ansiedad en el rostro y la desesperacion en el alma, cuando al entrar en la caja apercibimos al buen Severo, sentado tranquilamente á su pupitre y ordenando los pagarés y letras que acababa de satisfacer. «Oh! exclamó al ver nuestra sorpresa, de qué se admiran ustedes?—Pero qué has hecho, Severo? le preguntó tu padre.—Pues qué he de hacer? pagar, respondió tranquilamente: ustedes no estaban aquí... y teniendo yo mis economias de veinte

años, no habia de consentir que se cerrara hoy esta casa, que se presentaran ustedes en quiebra!... Ahora, si ustedes se enojan por este atrevimiento, me echan á la calle y en paz...»

EUG. Oh, qué bueno!...

PER. No le echamos, como te puedes figurar, ni le echaremos nunca á este pobre viejo. (Estrechando la mano de Severo, que sale en este instante.)

SEV. Eh? Qué ocurre?

PER. Nada, nada; baja al almacen y dí que cierren: hoy se hace fiesta, doy asueto á todo el mundo!

SEV. No se van á alegrar mucho esos ganapanes!... voy, voy.

PEP. Todo el mundo á paseo... menos tú, que comes con nosotros.

SEV. Magnífico, magnífico!...

PER. Anda con él, Andrés; la escalera es mala y el pobre está viejo.

AND. Voy, voy.

PER. Y este Alfredo que no viene! Pero Clara tampoco!... Qué es esto, señor? Anastasia!

EUG. Fué á preparar mi cuarto.

PER. Y el primo Caparrosa tambien fué?...

CAP. (Que está en el comedor arreglando la mesa.) No; yo estoy aquí.

PER. Escucha.

CAP. (Bajando.) Qué hay?

PER. Mientras nos reunimos para comer, me harás un favor en llegarte á casa de Martinez el escribano... ya sabes.

CAP. Sí, sí.

PER. Y le dices que te entregue la escritura convenida; no le digas mas, ya él me entiende.

CAP. Y la traigo?

PER. Claro está.

CAP. Voy corriendo. Que no os senteis á la mesa sin mí.

PER. No tengas cuidado.

ESCENA VIII.

PERELLADA, EUGENIA, ANASTASIA.

PEL. Ahí tienes otro que se desvive por la familia. Oh! si has hecho provision de cariño antes de volver, ya tienes en qué emplearlo.

EUG. Sí, pero en usted el primero.

ANAST. (Sale por la puerta izquierda.) Ya está listo el cuarto.

EUG. Vamos allá.

ESCENA IX.

DICHOS, CLARA, ANDRÉS.

CLARA. Eugenia! Picarilla!...

EUG. Ah! mi querida Clara!...

CLARA. Lo que has crecido!... Vamos, Andrés, cómo la encuentra usted?

AND. (Ruborizándase.) Señora...

EUG. (Ap. á Clara.) Vaya, no empieces ya!

PER. (Ap. á Clara.) Jé, jé! Qué inocentes!... será preciso casarlos.

CLARA. Sí, tio, sí. Pero aun hay tiempo.

PER. Es verdad. (Alto.) Ahora acabaremos de instalar á esta señorita en sus habitaciones. Yo te acompañaré. Vienes, Clara?

CLARA. (Tomando la carta que dejó Andrés sobre la mesa.) No, tio; perdóneme usted, y tú Eugenita mia; pero tengo que contestar á esta carta, me esperan, en seguida iré á tu cuarto.

PER. (Tomando del brazo á Engenia.) Bueno, pues vamos. Batan marcha los tambores, que la reina entra en su palacio! prum! prurumprun!...

ESCENA X.

CLARA, ANDRÉS por el foro.

CLARA. (Leyendo.) «Querida mia.» (Riendo irónicamente.) Sí, querida!... (Leyendo.) «He estado dos veces á punto de ir á ver á usted, pero la verdad, no he tenido valor de volver á visitar esos lóbregos portales.» (Interrumpiéndose.) Insolente! (Leyendo.) «Mi jokey entregará á usted esta carta y una muestrecita para que me haga usted el favor de decirle dónde se podrá encontrar tela igual en bastante cantidad, pues es para forrar mi gabinete.» (Hablado.) Su gabinete!... (Lee.) «Le envio con mi carruaje para mayor brevedad. Venga usted cuando guste á ver mi palacio del barrio de Argüelles, y se distraerá usted un poco de la monotonia de la Plaza Mayor. Siempre la quiere con el alma. Florinda.» (Á Andrés.) Diga usted al Jokey de la señora de Rodriguez que no sé dónde puede encontrar lo que busca. Entréguele usted su muestra.

AND. Voy en seguida. (Váse por la puerta del almacen.)

CLARA. Ah! Si alguna vez te puedo devolver tu insolencia!

ESCENA XI.

CLARA, ALFREDO.

ALF. (Saliendo por la puerta izquierda.) Sí, Eugenita, voy en seguida.

CLARA. (Corriendo á él.) Ah! Alfredo!

ALF. Te buscaba, hija.

CLARA. Y yo te esperaba con impaciencia.

ALF. Por qué?

CLARA. Antes de todo; vienes de casa del escribano?

ALF. Yo? no! Por qué?

CLARA. De veras?

ALF. Como te lo cuento.

CLARA. Ah! respiro!

ALF. Sí?... (Variando de tono.) Dime, estamos solos?

CLARA. Pues no lo ves?

ALF. Tengo que hablarte.

CLARA. Y yo á tí.

ALF. Yo un secreto.

CLARA. Y yo tambien.

ALF. Pues, espérate. (Examina todas las puertas y las cierra.)

CLARA. (Ap.) Qué hace?

ALF. Aquí no hay nadie, aquí tampoco, bien.

CLARA. Vaya una ceremonia. De qué se trata?

ALF. Se trata en primer lugar, de decirte que los tengas muy felices. (Con misterio.)

CLARA. Calla!

ALF. Y en segundo, de ofrecerte mi regalo.

CLARA. Á ver?

ALF. No se puede ver, porque no le tengo aquí.

CLARA. Ah!

ALF. Ni lo tendré, porque no le puedo traer.

CLARA. Cómo?

ALF. No; porque no es portátil. Es una cosa muy grande para que yo pueda traerla.

CLARA. Qué es? Un mueble?

ALF. Al contrario.

CLARA. Cómo al contrario?

ALF. Es un inmueble.

CLARA. Eh?...

ALF. Clara mia; el regalo que te voy á hacer... No te desmayarás, eh?

CLARA. No; acaba.

ALF. De veras? Me ofreces no desmayarte?

CLARA. Te digo que no. Vamos!... habla!

ALF. (Despues de mirar con precaucion á todas partes.) Pues como digo, el regalo consiste en un establecimiento nuevo, magnífico!

CLARA. Un almacen?

ALF. Un almacen al por mayor y en grande. Tiendas, cuevas, y entresuelos para el comercio, y piso principal para vivir nosotros.

CLARA. (Anhelante.) Y dónde?

ALF. Ah, amiga!...

CLARA. (Id.) Dónde?

ALF. Á la entradita de la calle de Preciados, casi esquina á la puerta del Sol.

CLARA. (Con satisfaccion.) Ah! Alfredo, esposo mio, cuánto te quiero!... (Saltándole al cuello.)

ALF. (Imponiéndole silencio.) Calla!

CLARA. (Loca de contenta.) Qué bueno eres!... te quiero... te adoro!... eres mi alma, mi vida!...

ALF. He encontrado el camino de tu corazon?...

CLARA. Sí! Sí!

ALF. Y se va á él por la calle de Preciados?

CLARA. Alfredo mio, has adivinado al fin que me moria de tristeza en este oscuro rincon...

ALF. Toma si lo he adivinado!... Por mí mismo, qué diablos!... Crees que me divierto yo mucho en la tiendecita esta? Pero he esperado para tomar esta resolucion á que conculya la sociedad con el tio.

CLARA. Y esa casa la tienes ya apalabrada?

ALF. Cómo apalabrada? Y estoy pagando el alquiler hace tres meses y tengo hecha escritura por diez años.

CLARA. Cómo! Conque es decir que hace tres meses?...

ALF. Que me ocupo en montar el establecimiento bajo el mas riguroso incógnito, y de decorar y amueblar á la vez nuestra vivienda. Ya está todo listo.

CLARA. Ya!!

ALF. Los géneros mas *comm'il faut*, las novedades mas distinguidas!... Esto por lo que atañe al comercio, y en cuanto á nuestra vida privada, ya verás!... ya verás!... Una habitacion de príncipe!

CLARA. Ay, Alfredo mio!... yo no sé lo que me pasa!... Si estoy loca de contento, de... y por qué me has ocultado tus proyectos?

ALF. Simplemente por darte esa sorpresa.

CLARA. Pues simplemente eres un ángel, eres el fenix de los maridos!

ALF. Sí? Y qué me dirás cuando veas tu salon?

CLARA. Ah! Tengo un salon?

ALF. Y tu gabinetito...

CLARA. Mi gabinete!

ALG. Forrado de damasco rosa!...

CLARA. De damasco! Como el de la Rodriguez... Ah! Yo tengo un salon!... un salon!... Voy á ponerme un sombrero... un velo, vamos corriendo!...

ALF. Adónde?

CLARA. Á ver mi salon?

ALF. Hija! ahora?

CLARA. Y por qué no? Yo quiero ver mi salon! y mi gabinete!

ALF. Desgraciada! Quieres callar! Baja la voz!... Si el tio te oyese!

CLARA. Pues vámonos!

ALF. Pero ahora, hija! No consideras que mi hermana acaba de llegar, que nos esperan para una comida de familia?...

CLARA. Comeremos mas tarde.

ALF. Pero...

CLARA. Pero, pero... no hay pero que valga! Yo quiero ver mis habitaciones, mis muebles... mi salon!.. Yo quiero verlo... que coman sin nosotros.

ALF. Vamos, vamos, Clara; basta de locuras... No demos un disgusto á nuestro pobre tio, que nos quiere tanto.

CLARA. Es verdad, pero de todos modos se le hemos de dar... porque tú no piensas renovar el contrato de asociacion, verdad?

ALF. Allá veremos.

CLARA. Cómo es eso?

ALF. Claro. Qué tiene de particular? Veremos lo que él dice cuando sepa mi proyecto, y si quiere unirse á él, yo

continuaré la sociedad con mucho gusto.

CLARA. Oh, eso sí.

ALF. No hay mas que alquilar esta casa y poner en la nuestra de la calle de Preciados que aun está en blanco: Santurce, Perellada y compañia.

CLARA. Y á la Bandera Española?

ALF. Eh?... Diantre, es verdad! Á la Bandera Española!... Es tan macarrónico eso ya! Pero escucha; Ruperto Malabriga, un camarada de colegio, que me he encontrado viviendo justamente en uno de los segundos de nuestra casa, y que entre paréntesis me ha ayudado en todo...

CLARA. Bien, qué?

ALF. Es un hombre á la moda, que está en todos los perfiles... él me ha buscado tapicero y pintor, y...

CLARA. Bien, pero qué?...

ALF. Me ha dado una idea luminosa acerca del título que debiamos poner á nuestro establecimiento; una idea fresca, coqueta... oportuna...

CLARA. Cuál?

ALF. *Al Porvenir Dorado*.

CLARA. Es verdad! *Al Porvenir Dorado*! Me gusta.

ALF. Mandaré esculpir unas letras que se vean desde la plazuela del Ángel.

CLARA. Y tendrá novedad, atractivo... como que realmente es muy bonito. *Al Porvenir Dorado*! Pero crees tú que el tio, tan rutinario consentirá...

ALF. Bueno, probaremos; él nos quiere mucho, sabe que le queremos, y puede que se resigne á esta resolucion.

CLARA. (En tono de duda.) Hum!... Pero y si rehusa?

ALF. Rehusar el seguir viviendo á nuestro lado? no, no lo creo... Pero en fin, si así fuese... qué diablos!... Nosotros hemos cumplido como debemos.

CLARA. Sí; no tendremos nada que echarnos en cara. Pero, dime, será preciso no perder tiempo, y esta misma noche decirle...

ALF. Y casi seria mejor esta tarde, ó ahora... Tú me ayu-

darás?

CLARA. Si te ayudaré?... ya lo creo!... ven, abrázame, para infundirte valor.

ALF. Sí, esto me anima.

CLARA. Pues al asalto!

ALF. Al porvenir dorado! Marchen!

PER. (Hablando á la puerta izquierda.) Anastasia! falta poco para las dos! No descuidarse...

CLARA. Aquí está.

ALF. Pues con tiento! Vamos á darle el pastel en pedazos muy pequeñitos, muy pequeñitos... para que pueda tragarle mejor.

CLARA. Cuenta conmigo.

ESCENA XII.

DICHOS, PERELLADA.

PER. Ahí estabais?

ALF. Sí, querido tio.

PER. No ha vuelto el primo Caparrosa?

ALF. No le he visto.

PER. Le envié á casa de Martinez por la escritura...

ALF. Pues no le he visto.

CLARA. Ni yo tampoco.

PER. Bien, no tardará.

ALF. Dígame usted, tio; usted no tendrá dificultad en que hablemos... no, ahora no: cuando haya tiempo; acerca de ciertas ideas que á Clara y á mí se nos han ocurrido, y que quisieramos someter á la opinion de usted?

PER. Pues hombre, cuándo mejor?... Decidme... decidme. (Sentándose.) Ideas?... Y qué ideas son esas, hijos mios?

ALF. (Ap.) Rompamos el fuego. (Alto.) Pues, querido tio... ideas .. así, relativas á ciertos proyectos...

PER. Ya! son proyectos?

ALF. Sí, justamente: usted lo ha dicho, proyectos de reforma. (Sentándose y Clara tambien.)

PER. (Sorprendido.) Qué?

ALF. (Apresuradamente.) En pequeño; reformas en pequeño; pero que nos parecen oportunas y de interés para la casa.

PER. Qué? Hay alguna cosa que me ocultan? Nuestros dependientes, los corresponsales?

ALF. No, no, querido tio; no se alarme usted. No es nada de eso, nadie nos falta, gracias á Dios.

PER. Ah! Ya decia yo!

CLARA. Alfredo aludia á modificaciones mas bien exteriores...

ALF. Exteriores, eso es.

PER. Y cuáles? Cuáles?

ALF. Por ejemplo, querido tio, hemos hablado de la muestra.

PER. La muestra?

ALF. Sí; eso de *La Bandera Española*... No le parece á usted que ya no suena bien?

PER. Que no suena bien? Diantre! La Bandera Española no puede sonar mejor. Dígalo el balance...

CLARA. Sí... pero... á mí se me figura... y á Alfredo tambien, que es algo... así... poco moderno.

PER. Ya lo creo! Y en eso está su mérito. Muestra antigua antigua casa, y al decir antigua ya se supone que es buena; las casas de comercio son como el vino, cuanto mas añejo... Y despues de todo, conoces tú ni aun siquiera el orígen de ese noble rótulo que hoy desdeñas

ALF. No; confieso que no sé...

PER. Vamos! Entonces no me admiro de tu desprecio. Pues, hijos mios, ese digno título pertenece á nuestra casa desde mil ochocientos treinta; pero trae su procedencia de mas atrás, del célebre Dos de Mayo. En esa época, tu abuelo y mi padre, no tenia mas que un simple puesto de cintas y galones en el portal de esta misma casa, en la que vivia un personaje francés, hombre de gran influencia con el rey intruso. Un dia, tu abuelo vió llegar con precipitacion á su vecino y á los criados correr de un lado á otro disponiendo maletas y equipajes. Procu-

ró indagar lo que ocurria, y por el cocinero supo que toda la córte francesa abandonaba precipitadamente á Madrid, despues de la derrota de Dupont en Bailen. Una idea luminosa cruzó entonces por su mente, salió como un rayo á comprar cuantas cintas y galones encarnados y amarillos encontró en los almacenes del barrio. Al dia siguiente, Madrid se levantaba adornado con los colores nacionales; todo el mundo llevaba en su sombrero la escarapela española, y cuando todos los almacenes se encontraban desprovistos de ellas, mis pobres padres no se daban abasto á fabricarlas vendiéndolas fabulosamente, tal era el furor que se habia apoderado de los habitantes por la escarapela nacional, que ya nada les impedia lucir. Este fué el principio de la fortuna de nuestra familia: algunos años despues, al establecer yo la sociedad con tu padre, escogí ese recuerdo para guia de nuestra ventura. Pusimos á nuestro almacen: *La Bandera Española.* Que quiere decir la única, la verdadera, la triunfante Bandera Española que constituye nuestro blason de nobleza.

ALF. Mire usted, todo es muy bonito!... muy bonito!... (Á Clara.) No es verdad?

CLAGA. (Desanimada.) Sí, muy bonito.

ALF. Muy bonito para mil ochocientos treinta. Pero la verdad, para hoy...

PER. Qué?

ALF. Quiero decir, que eso de la bandera... claro!... siempre el encarnado y amarillo, y el viva España!! y el la chum la ra ta ta chum! (Tararea el himno de Riego.) Siempre es magnífico!.. Ya lo creo!.. Pero en el comercio?.. qué me importa á mí, bajo el punto de vista del comercio, se entiende, que sea encarnado y amarillo ó verde y de color de chocolate? Nada.

PER. Cómo! Qué estás hablando?... renegarás de unas ideas por las cuales tu padre se ha batido y yo tambien?... los dos fuimos movilizados el año treinta y ocho y nos encontramos en el sitio de Bilbao!...

ALF. Si ya lo sé, tio; y comieron ustedes carne de mula... pero bien, eso ya pasó; ya no se sirve en la fonda carne de mula.

CLARA. Tiene razon, tio; y un título mas moderno en la muestra, como por ejemplo, *El Porvenir dorado...*

PER. Eh? Y qué quiere decir eso?

CLARA. (Con persuasion.) Es bonito... y delicado.

ALF. Y luego el oro siempre quiere decir mucho.

PER. *El Porvenir dorado*... pero eso no tiene opinion ni color...

ALF. Sí señor; el color de oro, que es el mas apreciado hoy.

PER. Y habeis pensado?... Os atreveis á proponerme semejante desatino! Una casa como la nuestra, acreditada hace treinta años, iremos ahora á *confirmarla* para desorientar nuestra parroquia y perder nuestra inmensa venta? Jamás!... Tanto equivaldria mudar de casa!

ALF. Pues mire usted, querido tio, no estamos muy lejos de esa idea tampoco.

PER. Dejar la Plaza Mayor!... Este antiguo rincon conocido casi exclusivamente por los nombres de Santurce y Perellada? Nunca!

CLARA. Pero todo el mundo cambia de faz, las gentes prosperan, y adelantan con su época, Madrid no es ya el Madrid de antes...

ALF. Eso es; por todas partes no se ven ya mas que nuevas calles, nuevos edificios, establecimientos nuevos; si el mundo va así!...

PER. Es preciso marchar con él, y enfangarse en su cieno, engalanarse con su lujo...

ALF. Eh, querido tio, vamos ahora á hacer una disertacion contra el lujo, cuando á él debemos nuestra fortuna?

PER. No, no, no; no condeno el lujo, que es la expansion de la riqueza; pero sí la ostentacion, que es la máscara de la miseria.

ALF. La ostentacion?...

PER. Sí; ese cancer que devora nuestra moderna sociedad, gracias á tus barrios nuevos, á tus calles nuevas y á tus

nuevas casas.

ALF. Bah! Qué tiene que ver?

PER. Sí; á tus nuevas casas, porque todo se encadena en la vida. Creen que el mudar de casa no es nada, y sin embargo, con ella has de cambiar tambien por completo tu existencia y tus costumbres. El sencillo mueblaje que sentaba tan bien á tu modesta habitacion, no cuadra á las paredes de la nueva; con que es preciso otro mobiliario adecuado á los papeles, á los estucos y á las molduras del elegante edificio; luego los trajes de los amos y aun de los criados, han de estar en armonia con los muebles, y por fin, las costumbres, el método de vida, y todo lo demas ha de correr parejas con los trajes y los adornos. Resultado; un despilfarro que casi siempre excede á los recursos, y total; todo lo superfluo, casi nada de lo necesario, mucho mas confortable, como dicen ahora, pero mucho menos tranquilidad y bienestar, veinte veces mas placeres, y cien veces menos felicidad.

ALF. Eh, querido tio; tiene usted un modo de ver las cosas... Eso es rutinario; yo veo por todas partes el comercio cambiar de aspecto, por do quiera se abren establecimientos...

PER. Ya las he visto yo tambien esas tiendas á la moda, donde todo está en el escaparate. Lo que he dicho antes, ostentacion! En lugar de buenos géneros, sólidos, seguros, pero costosos, te encuentras esas casas cuajadas de telillas falsas, de pingajos muy brillantes, muy abigarrados y muy baratos. Puede ser que con ese tejemaneje que llaman *faire l'article* hoy dia, realicen grandes beneficios, pero y la conciencia? Podrán ellos como yo al verificar su caja por la noche, decir tranquilamente al irse á acostar, he ganado tanto hoy, pero lo he ganado honradamente, sin engañar á nadie, sin que nadie pueda venir á decirme mañana, esto que usted me ha vendido á un precio fabuloso so pretexto de moda, de novedad, es una engañifa miserable que

solo conserva su belleza hasta que le dé la luz del sol?... Oh! puede que mis ideas sean rancias, que huelan á mil ochocientos treinta, como tú dices, pero estoy muy satisfecho de ellas y muy honrado con poder vivir tranquilo y dormir á pierna suelta.

ALF. De modo que será preciso resignarse á vegetar en este oscuro rincon que nos seca, sin poder siquiera pensar en disfrutar de las comodidades que la fortuna nos proporciona?

PER. Eh? Pero hijos mios, quién dice eso? Pues yo os privo de que os busqueis todos los placeres que os acomoden, con tal de que esten al alcance de vuestros recursos y posicion? Ya sabeis cuál es mi capital, todo es para vosotros y para Eugenia, vosotros teneis tambien uno no escaso, retirémonos si quereis; compraremos una buena hacienda en Aragon ó Extremadura, donde viviremos alegres y tranquilos.

ALF. Bah!

PER. Vendremos á Madrid de cuando en cuando, todos los inviernos, si quereis, ó á Paris, y el resto del año en el campo, cazando, pescando, cuidando nuestras flores... quién no nos ha de envidiar?

CLARA. (Ap. á Alfredo.) Bonito porvenir!

ALF. (Id. á Clara.) No insistamos.

PER. No me respondeis?

ALF. Sí, tio, tiene usted razon.

CLARA. No me parece mal...

PER. Pues entonces no hay mas que hablar. Negocio arreglado, eh?

ALF. Sí, señor: convenidos.

PER. En buen hora! Ea! Pues á comer y brindaremos por nuestra verdadera felicidad!... Qué os parece?

ALF. Vamos allá.

PER. Bien: así os quiero, hijos mios, dóciles y reflexivos!... voy delante á ver si falta algo en nuestra mesa.

ALF. Le seguiremos á usted. (Váse Perellada.)

ESCENA XIII.

ALFREDO, CLARA, mirándose en silencio.

ALF. Qué te parece?

CLARA. Cuando yo te decia!...

ALF. Oh, rutina!

CLARA. Y qué hacemos?

ALF. Tú dirás.

CLARA. Qué habiamos determinado? si no accediese...

ALF. Romper.

CLARA. Y que ya no hay otro medio.

ALF. Un capital empleado, todo dispuesto...

CLARA. Todo!... Pero, cómo le decimos?... Estoy segura de que ninguno de los dos nos atreveremos nunca!

ALF. Lo que es yo, confieso...

CLARA. Pues hijo, lo que no se atreve uno á decir, lo escribe.

ALF. No es mal medio.

CLARA. Ea, manos á la obra. Ponle dos letras despidiéndonos.

ALF. Eso es.

CLARA. Mientras tanto tomo mi sombrero, pido un carruaje y partimos.

ALF. (Escribiendo mientras Clara se pone un sombrero.) Justo; creo vale eso mas que arrostrar otra nueva discusion, y una escena de lágrimas y despedidas!... Cortemos por lo sano.

CLARA. Cortemos..

ALF. Ya está! Dónde la dejo?

CLARA. Ahí mismo, sobre la mesa. Anda listo. Marchemos.

ALF. No, por ahí no: por el almacen, que tengo mi llave de abajo.

CLARA. Bien, pero tendrás que abrir con mucho cuidado para que no te oigan...

ALF. (Marchándose.) No tengas miedo.

PER. (Dentro) Hijos! vamos!...

ALF. (Deteniéndose en el momento de salir.) Pobre tio!

CLARA. (Id.) Qué disgusto va á tener!

ALF. Sí; pero, qué remedio?
CLARA. Le consolarémos despues.
ALF. Eso es... vienen!... vamos, pronto. (Vánse.)

ESCENA XIV.

PERELLADA, despues EUGENIA, ANASTASIA, ANDRÉS, CAPARROSA, DON SEVERO. Se abre la puerta del foro y se ve el comedor con la mesa puesta.

PER. Vamos, niños, á la mesa! Calla! Dónde estan? Alfredo! Clara! (Mirando en todos los cuartos.)
EUG. Qué es eso, tio? Dónde estan?
PER. No sé... aquí los dejé hace un momento... Llama abajo, en la tienda, tal vez hayan ido...
EUG. Alfredo!... Clara!... (Llamando á las puertas del almacen.)
PER. (Despues de una pausa.) No responden!
EUG. No; no hay nadie.
ANAST. (Saliendo.) Cómo nadie?
CAP. Cuándo vamos á comer?
EUG. Aquí hay una carta para usted.
PER. Para mí? Qué quiere decir esto? (Tomándola.) Una carta de tu hermano...
EUG. De mi hermano?
PER. (Ap.) Dios mio! Qué sospecha!... valor. (Lee la carta, al concluir deja caer el papel y se enjuga una lágrima.) Ah! se han marchado!
EUG. (Que no le ha perdido de vista.) Tio! Querido tio! Cómo! (Perellada le indica la carta en silencio, ella la recoge y lae le rápidamente.) Nos abandonan!!
ANAST. Quién? Él señorito Alfredo?
EUG. Sí! Ingratos! (Llora.)
ANAST. Y ella tambien! Ah! (Se vuelve para llorar.)
PER. Ella tambien! Los dos! Nuestros hijos... Ah! Qué mal corazon! Yo, que los quiero tanto!... (Rompe en sollozos, todos le rodean)
CAP. Vamos, primo, valor!
ANAST. Señor!...
EUG. Tio!...
PER. No, esto no es nada! La sorpresa... la... Irse así!... En

este dia!...

EUG. Yo estoy aquí, querido tio!... Yo no le dejo á usted, ni le dejaré nunca! (Le abraza.)

PER. Es verdad, hija mia; por fortuna tu estás aquí!... Qué seria si no de este pobre viejo!... Ea!... vamos!... No hay que amilanarse!... Severo .. primo... y tú, Anastasia... Ánimo, caramba, ánimo!... Y vamos á la mesa... Aun tenemos aquí este tesoro. (Por Eugenia.) Conque á comer y penas fuera!

ANAST. (Enjugándose los ojos.) Sí, señor, sí; voy á quitar sus cubiertos.

PER. No; déjalos, mi buena vieja... y ponlos todos los dias... No tardarán mucho en volver á servirse de ellos.

ANAST. Espera usted?

PER. Que vuelvan?... Ya lo verás! Oh!... sí volverán!... Yo te lo aseguro: volverán!... y pronto!... Ah! (Las lágrimas le ahogan y cae en un sillon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un gabinete muy elegante; muebles escogidos; chimenea: vis-à-vis; pouf. Una butaca-cama, una marquesita muy al proscenio y haciendo frente al público: jardineras cargadas de flores: reló sobre la chimenea: se entra del exterior por la puerta primera derecha del actor. Puerta cerrada al foro, otras laterales que comunican al interior: alfombras, cortinajes, etc.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, ADELINA.

Al levantarse el telon aparece Antonio de librea, muy elegante, sentado en el pouf con un plumero entre las piernas y un periódico en la mano.

UN GROOM. (Anunciando.) Aquí está la doncella que la señora esperaba.

ANT. La doncella? No viene mal. Que pase, y cuida que nadie nos interrumpa.

GROOM. Está bien. (Adelina entra elegantemente vestida y con sombrero muy pequeño.) Pase usted, señorita.

ANT. (Sin mirarla.) Tome usted asiento si gusta.

ADEL. (Examinando la habitacion.) No está la señora?

ANT. En su tocador: pronto saldrá.

ADEL. Bien: esperaré: y mientras tanto me podrá usted informar... usted es el criado de confianza, por lo que veo?

ANT. Soy el *maitre d'hôtel*, para lo que usted guste disponer.

ADEL. (Reparando en él.) Calla!... Yo le conozco á usted.

ANT. (Con fatuidad.) No es extraño! Llevo la batuta entre nuestras gentes...

ADEL. Si hemos bailado juntos...

ANT. (Mirándola) Eh?... En efecto... esos ojillos...

ADEL. En *La Constante*...

ANT. En el Circo de *Paul*? Es verdad. Y cómo va? (Alargándole la mano.) Cómo va ese valor, señorita...

ADEL. Adelina.

ANT. Adelina? Como la Patti? Verdad es que no vale usted menos, intrínsecamente hablando.

ADEL. Vaya un encuentro!

ANT. Y qué, viene usted á nuestra casa?

ADEL. Si es aceptable... Qué clase de gentes?...

ANT. Ay, hija, no me hable usted! Puaf! comerciantes.

ADEL. Horteras ilustrados?

ANT. Poco menos: procedentes de un almacen de paños de la Plaza Mayor. Pero en fin, esto tiene la ventaja de que son menos cicateros en el gasto que la *gente de clase*, porque como no conoce los usos, ni el terreno que pisan.... sin contar con que deseosos de darse aires de importancia, no reparan en tirar la casa por la ventana creyendo que en esto consiste el buen tono.

ADEL. De modo que se puede hacer negocio?

ANT. Sí, con paciencia y maña...

ADEL. (Examinando la habitacion con los lentes.) Esto no es elegan- del todo...

ANT. Phist!... (Con desden.)

ADEL. Falta el *comm'il faut* y el *confortable*; pero en fin, está decentito.

ANT. Sí, casa recien montada. Hace poco mas de dos meses que hemos inaugurado los grandes almacenes del *Porvenir Dorado*, con un magnífico banquete, por supuesto, nuestros articulitos en los periódicos, y toda *la reclame*

el puf, y el *flaflá* consiguiente.

ADE. Y pica? Pica el negocio?

ANT. Se defiende, se defiende... aunque el gasto es inmenso! El gas nos arruina! y las contribuciones...

ADEL. Usted se encuentra bien aquí?

ANT. La verdad, este no es mi centro. Yo soy aristócrata sin poderlo remediar, por instinto y por opinion. De modo que... Pero y usted de dónde sale ahora?

ADEL. De la alta banca. El baron de Salamandra.

ANT. Buena casa!

ADEL. Sí; pero tampoco es mi centro. Yo necesito algo mas de libertad que la que se goza entre esas gentes... Si una no puede expansionarse un poco... cómo se vive? así es que si aquí no acceden á mis exigencias... Por supuesto no habrá niños?

ANT. No, no.

ADEL. Ni perros?... Ni otra clase de bichos?

ANT. No señora; estará usted sola. Quiero decir, sin nadie que la moleste.

ADEL. Qué tal la vecindad?

ANT. Un *pele mele pitoyable*! Usted sabe francés?

ADEL. *Un peu, monsieur, é caprisco la stteso, il italiano... ai spik inglis.*

ANT. De la clase, de la clase. Eso se vé á la legua!... Con efecto, hija, no es este su centro de usted; pero, en fin, si se dignase usted descender, como yo he descendido tambien, hasta estas gentes, le diré, contestando á su pregunta, que el piso bajo y el entresuelo lo ocupa nuestro establecimiento. Aquí, en el cuarto principal, dos cuartos: uno, el nuestro, con siete balcones; otro con cinco, que cogen nuestro balcon corrido, el conde de Marsilla, un eleganton...

ADEL. Conozco, conozco, adelante. En los segundos?

ANT. Derecha, *mademoiselle Mandarine*.

ADEL. Ya, ya! Aquí vive? conozco, conozco... una bailarina francesa que estuvo en el Teatro Real... Mi señorito el baron la conoce tambien: como que me quiso colocar á

mí en su casa...

ANT. Izquierda, la vizcondesa del Fresno, viuda, segun ella dice, y amiga de colegio de la señora, que no ha parado hasta que se ha venido á vivir á nuestra casa.

ADEL. Y en el tercero?

ANT. Don Ruperto Malabriga, amigo del amo, su mentor en el gran mundo.

ADEL. Cómo! el amo se lanza?...

ANT. Uf! ya lo creo! El pobre diablo tiene la mania de figurar...

ADEL. Y la señora?

ANT. Madrileña pura; alegre y divertida: no faltando á ningun baile, á ninguna reunion, abono en los teatros..

ADEL. Y... hay galanteadores?

ANT. Todavia no. Pero no nos faltarán, cuento con el vecino de al lado, que me parece...

ADEL. El conde?

ANT. Sí; pared por medio, los balcones juntos... Eso es de cajon...

ADEL. Ya merodea?

ANT. No; diga usted que balconea!... y nos encontramos siempre en la escalera... en fin, se porta; estoy contento de él. (Campanilla.)

ADEL. Llama?

ANT. Es ella.—Voy á anunciar á usted, señorita.

ADEL. Gracias, caballero.

ESCENA II.

ADELINA, PERELLADA, el GROOM.

PER. No está mi sobrino?

GROOM. No señor, ha salido con don Andrés. Pero no deben tardar. La señora se está vistiendo.

PER. Bien, bien, esperaré; no tenga prisa. (El Groom se marcha. Perellada vé á Adelina y la saluda.) Ah! Perdone usted, señora.

ADEL. (Imitando los aires del gran tono.) Caballero!...

ANT. (Saliendo sin ver á Perellada.) Ea! querida amiga, ya puede usted entrar. (Adelina entra.)

PER. Querida amiga! cómo querida amiga? Quién es esa señora?

ANT. Esa? Es una doncella que viene á vistas, señor.

PER. Una doncella! y yo que me pensaba saludar lo menos á una duquesa!...

ANT. Psch!... La falta de costumbre!...

PER. (Incomodado.) Eh?... qué dice usted?

ANT. (Inclinándose.) Nada, señor, nada. (Váse.)

ESCENA III.

ANTONIO, PERELLADA, RUPERTO, despues GASPAR.

RUP. (Entrando por la puerta derecha: traje de última moda, figura aviejada, calvo, la voz tomada.) Demonio! demonio! No ha vuelto aun este querido Alfredo? Ah, caballero!... (Viendo á Perellada: saludándole con la mano y sentándose en una butaca.)

PER. Caballero... (¿Quién será este jóven averiado?)

RUP. Estoy cansadillo... cansadillo... Con su permiso de usted.

PER. Es usted muy dueño.

GASP. (Entra saltando y brincando muy elegante: lente de un solo ojo; cabello muy rizado, etc.) Ah! No ha vuelto aun el señor de Santurce? (Á Ruperto.) Hola! usted por acá, señor don Ruperto?

RUP. Sí, buen mozo, sí; cómo va, cómo va?

GASP. No va mal, no va mal.

RUP. Á cuántos estamos de conquistas y de Casino?

GASP. Las conquistas bien; el Casino regular, regular, regular...

RUP. Qué se hizo anoche? Yo no pude salir... este maldito dolor reumático. .

GASP. Pues nada, se jugó al *bacarrat*, yo gané cien duros,

pero luego nos fuimos cuatro ó cinco á cenar á casa de Merceditas Blanco, allí pusieron un montecito...

RUP. Y le fué á usted bien?

GASP. Regular, regular, regular... perdí cuatro mil reales. (Á Antonio.) Toma estas dos cartas que han dejado en el escritorio para el señor, y le darás tambien dos letras que voy á poner.) (Se acerca á una mesa y escribe con un lapiz que trae detrás de la oreja.)

ANT. Está bien!

PER. (Está recostado contra la chimenea: el reló que hay sobre ella, da las cuatro rápidamente: Perellada se separa asombrado mirando el reló.) Demonio de reló, no lleva poca prisa. Díme, (Á Antonio.) quiénes son estos señores?

ANT. (Mirándole asombrado.) Cómo! no los conoce usted? El caballero que está sentado es el íntimo amigo del amo, el señor de Malabriga.

PER. Y el otro?

ANT. El otro es el cajero de la casa.

PER. (Asombrado.) Eso?... eso es cajero de una casa formal y respetable?

RUP. (Que ha estado observando á Perellada.) Le gusta á usted el muchacho, eh? Oh! es una alhaja!.. tiene todo el chic de un hombre de negocios, verdad?

PER. Sí, de un hombre de negocios del dia!

RUP. Como que soy yo quien se le ha proporcionado á Alfredo.

PER. Pues le doy la enhorabuena por el hallazgo.

RUP. Ah, ya lo creo que lo es. Figúrese usted que ha estado cinco años en Nueva-York regentando una casa de la mas importantes, segun él mismo nos ha dicho, y ha importado á España un nuevo sistema de contabilidad de su invencion... pero que... uf!...

PER. Usted le conoce, el sistema?

RUP. No, pero es magnífico... puf!...

PER. Lo creo, lo creo!

RUP. Y luego un chico de lo mas aprovechado...

PER. Sí, ya he oido que sabe jugar al *bacarrat*, y al monte, lo

cual para un cajero...

RUP. Y otra porcion de habilidades... baila como Saint-Leon!...

PER. Ah! pues entonces...

GASP. (Acabando de escribir.) Ya está. Toma! con permiso, señores, me esperan abajo, cuando yo no estoy en la caja nadie sabe allí sumar dos ceros... adios, querido. Caballero... (Á Perellada: sale brincando y saltando.)

ESCENA IV.

PERELLEDA, RUPERTO.

PER. (Viéndole salir.) Bonito cajero. Huele á esencias que es un primor.

RUP. (Levantándose con trabajo.) Verdad? Yo que soy una criatura...

PER. Eh? (Mirándole asombrado.)

RUP. Sí, un chico como él, simpatizo de una manera con su persona, y sobre todo, con sus principios...

PER. Sí?

RUP. Naturalmente: como partidario de las ideas modernas.

PER. Perdone usted. Á qué llama usted ideas modernas?

RUP. Diantre! á todo lo que es nuevo, fresco, jóven...

PER. Fresco y jóven... como usted?

RUP. Pues claro, como yo.

PER. (Anda, salero!)

RUP. (Por qué me mirará así este viejo estúpido?) Como yo: y la prueba es, que nos hemos reunido unos cuantos muchachos de la misma edad, de veinticinco á treinta años, con el objeto de fundar un periódico que combata á la gente antigua y sus ideas rancias.

PER. Ya!

RUP. Verá usted, verá qué éxito! Se llamará: «El Jóven Madrileño.»

PER. Tambien en mi tiempo formabamos sociedades los muchachos, no para insultar á nadie, sino para proteger

al desvalido ó para defender el honor nacional... es verdad que nosotros todos teniamos pelo, y fibra, y entusiasmo...

RUP. Ah! entusiasmo! Usted ha tenido alguna vez entusiasmo? Es verdad que usted data del año ocho lo menos! Ya se acabó el entusiasmo, como se acabó la guardia real, ni queremos nada que nos entusiasme! Los periódicos, por ejemplo... conoce usted á alguien que lea un artículo de fondo? nadie, hombre, nadie: la gacetilla; así es que los mas leidos, son los que dicen mas tonterias. El teatro... cree usted que nadie iria á ver ya *Dido* y *Eneas*, ó *El Delincuente honrado?* No señor, no: una cosa gorda que nos divierte, para eso pagamos nuestro dinero... yo quiero divertirme... pago... con que diviértaseme, lo demas no lo entendemos ni nos importa maldita de Dios la cosa. Así pensamos todos los modernos.

PER. Es curioso esto! Pero usted me perdonará si me atrevo á decirle que no le encuentro nada de moderno.

RUP. Eh? á mí? Pues qué tiene que exigirme?... Me ha mirado usted bien?

PER. Pues porque le he mirado lo digo... y al ver esa cabeza nadie diria...

RUP. Ah! sí... un poco calvo!... amigo, dicen que esto és el resultado de vivir muy de prisa.

PER. No; pues crea usted que en mi tiempo... Jé, jé!...

RUP. Cá, amigo, cá! Dónde va usted á comparar las pasiones de ahora. Estas mujeres de hoy dia!... Si supiera usted lo que son las mujeres!

PER. Eh? pues cree usted que nosotros?...

RUP. Pero no es lo mismo... las de su época de usted... quiá! No hay mas que verlas ahora...

PER. (Habrá títere! Y pensar que nos hemos batido, que se ha derramado tanta sangre, para asegurar el porvenir de esta generacion de micos.)

ESCENA V.

DICHOS, ALFREDO.

ALF. (Entrando de prisa y muy contento.) Ah, mi querido tio! Usted aquí! Por fin se ha decidido usted? Bravo! cuánto le agradezco este sacrificio... Me da usted una alegria... No quiere usted abrazarme?

PER. Sí, hijo mio! (Abrazándole.)

ALF. Nos dió usted un disgusto tan grande el otro dia cuando nos dijo usted en su casa despues de perdonarnos: «No insistais, porque nunca pondré los pies en vuestro «*Porvenir Dorado*.»

PER. Me lo habia prometido para castigaros... Pero despues he reflexionado que el solo castigado era yo...

ALF. Vaya! No diga usted eso! No puede usted dudar de nuestro cariño... ha visto usted á Clara? Se va á poner tan contenta... (Á Ruperto.) Buenos dias, Rupertito. (Ruperto se ha sentado en una butaca al lado de la chimenea, de espaldas al público y con los pies encima de un velador.)

PER. Se acaba de levantar, segun me han dicho.

ALF. Sí, las cuatro... esta es la hora á que acostumbra... conque vamos á ver, querido tio... Usted bien de salud?

PER. Sí, y tú!

ALF. Yo? como el pez en el agua. Enteramente en mi elemento.

PER. Y qué hacias á estas horas fuera de casa? Negocios tal vez?

ALA. No, no señor; vengo de dar mi vuelta por la Castellana, como todos los dias.

PER. Ah! todos los dias?

AFF. Sí, señor; almuerzo en el Casino, luego voy á la Bolsa, y despues en mi americana ó á caballo á dar un paseo... Hay que espaciarse un poco!...

PER. Ya! el escritorio!... el comercio?...

ALF. El comercio marcha sin mí á las mil maravillas! No ha visto usted cuánto carruaje hay parado á la puerta de mis almacenes?

PER. Sí... al entrar he observado...

ALF. El segundo surtido de invierno que acaba de llegar. La primera remesa hizo furor y se acabó en veinte dias. Y esta promete no durar mucho mas... dicen que tengo un gusto esquisito en la eleccion de géneros y dibujos, pero la verdad es que yo me ocupo poco, no es necesario...

PER. Entonces, en qué empleas tu tiempo?

ALF. En lo que todo el mundo; en los placeres, que yo no conocia, ni mi pobre mujer tampoco, y de los que ahora disfrutamos á qué quieres boca.

PER. Ah!

RUP. No, querido tio; no tome usted esto por una recriminacion, yo respeto sus ideas. Pero los bailes, los conciertos, los elegantes *toilettes* y los carruajes en la Castellana, contribuyen hoy dia al crédito de una casa... es preciso hacerse visible para prosperar... y su sobrina de usted está llamando la atencion de Madrid.

PER. Clara?

RUP. (Sin moverse de su postura.) Un éxito espantoso!... Aaá! (Bostezando con estrépito.)

ALF. En el baile de trajes del ministro del Brasil, para el que hemos tenido el honor de ser invitados, ha sido un asombro! Ella iba vestida de *nub vaporosa*.

PER. Vestida? estás seguro?

ALF. Nunca he visto á mi Clara mejor que ese dia...

PER. Ni los demas convidados tampoco, estoy seguro.

ALF. (Dándole palmaditas en el hombro.) Desengáñese usted, querido tio, esta es la vida. En su tiempo de usted se bailaba en Apolo, los domingos por la tarde se merendaba en la Fuente de la Teja ó en la Vírgen del Puerto, y se jugaba á la loteria por las noches de á ochavo el carton.

RUP. (Levantándose y viniendo á acostarse en la marquesita.) Es ver-

dad. (Imitando el cantar de números de la lotería.) El setenta y ocho! Las monteras gallegas!

ALF. Pero Apolo ha sido destruido, la Vírgen del Puerto ha sido invadida por los gallegos y las pasiegas, y la lotería se va confundiendo en la noche de los tiempos. Hoy se almuerza en casa de Farrugia; se juega al *bacarrat*, se canta el *Fausto*, se cena en el Casino y se lee *La Correspondencia*.

RUP. (Acostado y aplaudiendo con los brazos en alto.) Bra-vo! bravo! Bis, bis!

PER. Sí; se vive con la misma prisa que andan tus relojes.

ALF. Pero nos divertimos... Y el placer de conocer todo lo que es rico, artístico, elegante?... y la honra de llegar á ser conocido en el gran mundo... Todo eso no es nada? Y mis salones?... Porque yo tambien tengo salone!... Los ha visto usted?

PER. Ya veo este.

ALF. Y no es bonito! Me quiere usted comparar estas alfombras, estos muelles y estas telas con los sillones de cuero y los venerables armarios de la Plaza Mayor?

RUP. (Sin moverse.) Vivan los muebles!

PER. Si te fijas en nuestra pobre casa para comparar ayer con hoy...

ALF. Venga usted aquí, querido tio... siéntese usted en esta butaca-cama... (Lo hace que se siente.) extiéndase usted bien; las piernas á la larga. No admira la maravilla de estas cómodas invenciones, este suave almohadillado, estas telas exquisitas...

RUP. (Sin moverse y de espaldas al público.) Admirable!!... Admirable!...

PER. En efecto, se está muy bien en estos diablos de invenciones.

ALF. (Tendiéndose en otro sofá.) Ya lo creo! Y mas apreciaria usted su mérito si supiera de dónde traen su procedencia todos estos muebles.

PER. De dónde?

ALF. Todo esto ha pertenecido á una de las mujeres mas cu-

cantadoras de Madrid, segun me ha dicho mi tapicero Ribot, que es el que me lo ha proporcionado.

PER. (Levantándose precipitadamente.) Cómo?

ALF. Sí, á la divina Paquita.

RUP. (Sin moverss.) Viuda de un subteniente.

ALF. Y un prototipo de elegancia y de buen tono.

PER. Es decir, que todo esto lo has comprado de lance?

ALF. Sí; mi tapicero lo ha traido... pero casi nuevo, como usted ve.

PER. (Recorriendo con la vista la habitacion y fijándose en un retrato que hay en un rincon arrimado á la pared.) Ya! y aquel cuadro, si no me equivoco... sí, eso es: el retrato de tu padre? Tu pobre padre entre estos muebles, y en un rincon!...

ALF. No sé cómo diablos... pero es lo cierto que todavia no hemos decidido dónde se ha de colocar...

PER. Bien, pues mira, me lo volveré á casa, que allí siempre tiene un puesto.

ALF. No, tio, no: ahora mismo voy á ocuparme...

PER. Está bien. Adios.

ALF. Nos deja usted?

PER. Sí.

ALF. Sin ver á Clara?

PER. Hace una hora que estoy aquí. Mis asuntos me reclaman. Volveré.

ALF. (Queriendo detenerle.) Tio... espere usted!...

PER. Volveré! volveré!

ESCENA VI.

ALFREDO, RUPERTO.

RUP. (Levantándose.) Vaya usted con Dios! Es un godo este hombre! Yo le he visto en algun tapiz...

ALF. El pobre tio... En medio de todo, es tan bueno! Conque estamos solos, y tengo que comunicarte... (Sacando misteriosamente una carta del bolsillo.)

RUP. Comunica, comunica.

ALF. Ves esta carta?

RUP. Hola! Aventura tenemos! Bien, chico, bien! Lánzate! Ay! maldito reuma!

ALF. No hables tan alto! Conoces á la vecina del segundo?

RUP. Á la vizcondesa?

ALF. No. Aquí encima. (Señala al techo.)

RUP. Ya! *Mademoiselle Mandarine.*

ALF. Sí, la francesa!

RUP. Qué francesa! Si la conozco desde que era chalequera en casa de Borrel!...

ALF. No, hombre, no: si es una bailarina de allende el Pirineo.

RUP. Cá, hombre!

ALF. Que vino contratada al Teatro Real.

RUP. Quiá! Que salia de figuranta en la *Africana*... Si yo sé toda la historia... y la del baron de Salamandra, que la instaló en esta casa... sigue .. sigue...

ALF. En fin, ello es que es una mujer deliciosa.

RUP. Eso sí... y muy á la moda!... ya lo creo!... papel en alza!

ALF. Pues bien, esta carta es suya.

RUP. Y á propósito de qué?

ALF. Suplicándome la conceda tres plazos para pagar unas telas que ha sacado del almacen!

RUP. Tres plazos?... ya, ya, los conozco yo... suelo pagar tambien en ellos.

ALF. Eso me importa poco.

RUP. Y la has hablado?

ALF. No me he atrevido: y eso que la encuentro en la escalera lo menos seis veces al dia. Qué elegancia!... qué aire!... vuelve de una manera los tramos, que encanta!... burruff!... allá va la cola describiendo un semicírculo y descubriendo unos piececitos... Ay, chico!... qué pies!... pequeñitos... pequeñitos!... pequeñitos!...

RUP. (Cantando.) Pitipon, pon pon, gori, gori, gori!... que un elefante... pon!

ALF. Y qué perfumes!... antes de que pase, cuando pasa y

despues que pasa, la escalera es un Edem!... La Arabia y la casa de *Guerlain*, son hediondas comparadas con los pliegues de su vestido. Ayer me quedé tan embobado contemplándola, que faltó poco para que no diese de hocicos en sus brazos.

RUP. Eso te hubiera ahorrado la presentacion.

ALF. Calla, hombre!

RUP. Conque decididamente quieres plantar tu pabellon en el mundo de los calaveras?

ALF. No, de los calaveras no. Respeto mucho lo que me debo á mí mismo, á mi familia y á mi posicion, para dejarme arrastrar al vicio, á los desórdenes... pero así, una aventurilla...

RUP. Con su poquito de escándalo por supuesto; porque si no qué gracia tiene?

ALF. No, hombre; escándalo no!

RUP. Entonces, no conseguirás el objeto. No te harás visible.

ALF. Ese es mi deseo.

RUP. Porque ningun hombre notable puede pasar ya sin su miajita de trapicheo.

ALF. Ajajá!

RUP. Pues entonces, lo dicho; será preciso presentarte.

ALF. Y con el pretexto de la carta ..

RUP. Justo! Nos convidará á cenar, tú la concedes los tres plazos y...

ALF. Calla! Si eso no es posible!... Yo no puedo cenar fuera de mi casa como no sea á las nueve de la noche.

RUP. Por qué?

ALF. Porque mi mujer lo sabria. No ves que no tenemos mas que una alcoba para los dos?

RUP. Já, já, já! Y hablabas con tu tio del año ocho! Eso es del noventa y seis!—Qué digo?... Es antidiluviano.

ALF. Qué quieres?... Nuestras antiguas costumbres... será ridículo; ello es que hace diez años!...

RUP. Pero es preciso que os separeis... cada uno en su cuarto.

ALF. No creas que es tan fácil. Clara se enfadará. Hasta pue-

de ser que sospeche...

RUP. Al contrario, hombre; hoy un matrimonio que se considera, no vive de otro modo... cuando habitabais en la Plaza Mayor, vaya con Dios! pero en la Puerta del Sol?... Como habeis variado de ser, es preciso variar de costumbres. El marido á la derecha, la señora á la izquierda. Todo el mundo *comme'il faut* lo hace así.

ALF. Y yo tampoco desearia otra cosa.

RUP. Y quieres lanzarte y plantar el pabellon! aparta, criatura. Me pareces un dotrino del Hospicio.

ALF. Ella viene! Calla! No hables de eso. Yo tantearé el vado.

RUP. Resolucion.

ESCENA VII.

DICHOS, CLARA, JULIA, ADELINA.

CLARA. (Entra vestida de calle muy elegante, seguida de Julia y Adelina, que la arregla los pliegues del traje.) Buenos dias, señores.

ALF. Buenos, querida.

CLARA. Cómo me encuentras? (Enseñándole el traje.)

ALF. Encantadora, como siempre.

CLARA. Y mi tio? Me he dado prisa por venir á abrazarle.

ALF. Pues hija, has llegado tarde. Se fué.

CLARA. Sin esperar un poco... (Á Adelina.) Mis sortijas... Ya sabes que no como en casa? (Á Alfredo.)

ALF. No?

JULIA. No, come conmigo.

ALF. Ah, perdone usted, señora. (Saludándola.) Cómo van los alcornorques?

JULIA. Oh, los alcornoques!... ya no me ocupo de eso: fracasó.

ALF. Lo creo!

JULIA. Ahora ando á vueltas con la hulla.

RUP. Con el carbon de piedra? Pues se pondrá usted buena.

JULIA. Un negocio magnífico! (Con un espejo pequeño en la mano y concluyendo de arreglase.) De muchos millones!

ALF. Ya lo creo!... como que es el descubrimiento mas ser-

prendente... Dónde dirán ustedes que he encontrado una mina de ese combustible, sin que nadie lo haya reparado? Adivinen ustedes.

ALF. Qué se yo!

RUP. Hay quien las encuentra de toda clase de metales sin salir de su casa; de modo, que...

JULIA. Cuando digo que es sorprendente... Entre Canillejas y Torrejon... Y la cuenca se extiende... se extiende... no se sabe dónde va á parar.

RUP. Á Chamberí!

JULIA. Puede, puede!

ALF. De modo que para hablar de esos graves asuntos es para lo que comen ustedes juntas hoy?

CLARA. Ah, y luego nos vamos al Real... Qué hacen? Aquí hay un periódico.

ALF. (Toda la noche libre!)

RUP. (Aprovecha la ocasion!)

ALF. (Calla!)

CLARA. Ah! (Dando un grito.)

TODOS. Qué es eso?

CLARA. (Conmovida) Ah, gracias á Dios!... que... Vamos, sí... Ah!... Qué satisfaccion se experimenta...

ALF. Pero qué?...

CLARA. Qué!... toma .. lee... mi nombre y el tuyo en este periódico.

ALF. (Trémulo de alegria.) Por fin?

CLARA. Por fin ya somos notables.

ALF. Ah, qué alegria! (Apretando la mano á Ruperto.) Mira, chico, qué dicha! Habla *La Época*!

CLARA. (Leyendo un periódico.) No, no, déjame: yo lo leeré: «Entre las personas que por sus disfraces llamaban mas la atencion en el último baile del señor ministro del Brasil, debemos citar la encantadora señora de Santurce.»

TODOS. La encantadora señora de Santurce.

CLARA. «Señora de Santurce trasformada en *Nube vaporosa* de una manera admirable.»

ALF. (Entusiasmado.) Bien, bien.

CLARA. (Con alegria.) Mira, y despues hablan de la duquesa de Alvarfañez, de las de Santiponce .. pero yo, yo soy la primerita... Eso te contenta como á mí, verdad, querido Alfredo?

ALF. Pues yo lo creo!

CLARA. (Recorriendo el periódico.) Pero aguarda, aguarda, no es esto todo... Hablan tambien de tí!

ALF. De mí?

TODOS. Si?

CLARA. (Disponiéndose á leer.) Escucha!

ALF. (Arrebatándole el periódico.) No, no; déjame: yo lo leeré. (Restregándose los ojos.) Y eso que la emocion!... la alegria!... no sé si podré... «Esta deliciosa nube envolvia como decimos, aunque bien ligeramente, á una maravilla madrileña...»

CLARA. Maravilla madrileña!

ALF. «Esposa de uno de nuestros mas notables comerciantes, de quien con razon se puede decir que personifica el comercio caballero...» Ajajá! Esta es la frase... la verdadera frase!... qué talento tiene este hombre!... porque no se puede escribir esto sin poseer un gran talento.

TODOS. Ya lo creo!

ALF. El comercio-caballero!... ó el caballero-comercio, que es lo mismo..

TODOS. Lo mismo!

ALF. Qué delicadeza hay en este pensamiento, y qué profundidad social!

CLARA. Pero acaba, hombre, acaba.

ALF. Es verdad, es verdad. «El comercio-caballero: de don Alfredo de Santurce, dueño del *Porvenir Dorado*: que estaba tambien perfectamente vestido de *langosta cocida*.»—No olvida nada este caballero redactor. Y todavia hay quien hable mal de los periódicos. Vean ustedes aquí si puede haber mision mas noble ni mas digna...

CLARA. Supongo que irás á ver al articulista...

ALF. ¿Qué si iré á verle? y le daré un abrazo si me lo permite!... Vaya! un amigo tan verdadero... y sobre todo, un hombre tan justo...

CLARA. Dame acá el periódico. Quiero que lo lea la señora de Rodriguez.

ALF. Se morirá de envidia.

CLARA. Pues por eso quiero que lo lea.

ALF. (Paseándose.) El comercio-caballero!

CLARA. (Á Julia.) Maravilla madrileña!... Ya ves tú que galanteria... De buen gusto, pero exagerada...

TODOS. No por cierto.

CLARA. La verdad es que no nos ha costado poco trabajo este triunfo... Ya hace dos meses que no faltamos á un baile, ni una noche al Real, ni á los cuartetos del Conservatorio!... hasta á los Bufos!... Cada semana un tren distinto en la Fuente Castellana, mis trajes, mis sombreros de casa de Madame Alejandrina, de Paris... y sin embargo, nada... yo me decia:—Pero esto es inaudito, señor! siempre estan hablando de fulanita, de menganita... gentes de ningun valer, y de mí ni una palabra.

ALF. Pero ahora ya...

CLARA. Ah! ahora ya es otra cosa... ya vivo, ya existo, ya soy alguien. Lo mismo será verme aparecer en la Castellana ó entrar en el palco, dirán; «Es la señora de Santurce»... Mira, esa es la maravilla madrileña... Calla! Qué bonito adorno trae hoy Clara!... y me devorarán con los gemelos... Mirad, amigos mios, yo lo confieso, esta vanidad es pueril, es ridícula tal vez, pero me encanta, vamos, me vuelve loca de alegria.

ALF. Sí, lo comprendo: porque yo... Y, vamos, nos hubiera sucedido nada de esto habiendo seguido en la venerable *Bandera Española*?

ESCENA VIII.

DICHOS, ANTONIO, despues el CONDE.

ANT. El señor Conde de Marsilla, pregunta si la señora puede recibirle.

CLARA. (Sorprendida.) El Conde de Marsilla?

ALF. Ah, nuestro vecino! Sí, sí, que entre.

JULIA. (Á Clara.) (El señor que te sigue á todas partes?)

CLARA. (Á Julia.) Él debe ser. Pero no comprendo cómo se atreve...

ALF. (Que ha ido á la puerta de entrada y vuelve.) El Conde, Clara, lo oyes? Es el Conde.

CLARA. Sí, ya le conozco: no puedo asomarme al balcon sin encontrármele al lado en el suyo. Pero, qué busca aquí?

ALF. Si soy yo quien le ha buscado, verás: como he sabido que es persona de grande influencia en la situacion, y yo deseo que me den la cruz de Cárlos Tercero, ya sabes... creo que la merezco mejor que tantos otros, habiendo dotado á Madrid de unos almacenes que no tienen rival.

CLARA. Bien, y qué?

ALF. He buscado para traerle á casa un pretexto magnífico. (Aparece el señor Conde precedido de Antonio. Alfredo va galantemente á su encuentro.) Ah, señor Conde! adelante!

CONDE. (Dirigiéndose á Clara, despues de saludar en general.) Dispénseme usted, señora, la libertad que me tomo, presentándome en su casa sin haber tenido antes el honor de ser invitado para ello.

ALF. Cómo, señor Conde! No necesita usted de perdon... usted viene á su casa!...

CONDE. (Alargándole la mano.) Gracias, señor de Santurce: usted me ha enviado un recado por medio del administrador á propósito de un balcon.

ALF. Sí, sí!

CONDE. Yo no he querido contestar á usted por el mismo conducto, deseoso de aprovechar esta ocasion para contes-

tar personalmente á esta señora.

CLARA. Á mí, caballero?... No comprendo...

CONDE. Cómo?

CLARA. No sé de qué asunto se trata...

CONDE. No? Ah, dispénseme usted, señora. He creido comprender que el deseo expresado por su esposo, era mas bien de usted, puesto que hablaba en su nombre.

ALF. No, no, señor Conde. En su nombre precisamente no: era en el mio... es verdad que le he enviado á decir... pero, en fin, ella soy yo y yo soy ella... pues... somos nosotros... es completamente igual... pero siéntese usted. (El Conde toma asiento.)

CLARA. (Á Alfredo.) Y no podré yo saber?

ALF. Al momento, querida, al momento... Se trata de lo que me dijiste el otro dia á propósito del enrejado que nos separa del señor Conde en el balcon corrido de la casa.

CLARA. Y qué?

ALF. Que el tal enrejado, á mas de ser en extremo saliente, está cubierto de planchas de hierro, lo cual quita por completo la vista de la Puerta del Sol desde el balcon de tu cuarto, que es el último y mas próximo á ese obstáculo!

CLARA. Pero quitando ese obstáculo...

CONDE. Se podria entrar á pie llano desde mis habitaciones á las de usted. No es esto lo que usted teme?

CLARA. Caballero!

ALF. No, no vamos tan allá. Lo que yo he suplicado al señor Conde por medio del administrador, es que suprima esas planchas!... que nos impiden la vista, dejando por supuesto el enrejado.

CLARA. Pero molestar al señor por esa niñeria?...

ALF. Cómo niñeria? Pues no te has quejado cien veces...

CLARA. Perdona; pero no recuerdo...

ALF. Vaya!

CLARA. Y me parece una indiscrecion...

CONDE. Señora, por Dios! Tan sencillo asunto no merece la

pena... las planchas desaparecerán esta tarde mismo, y aun la reja si incomoda á usted, respondiendo yo de su seguridad...

ALF. Gracias, gracias; pero eso no es necesario: dejemos la reja...

CLARA. (Mirando á su marido.) (Vamos, no es poca suerte.)

CONDE. Pues está dicho!

ALF. No sé cómo manifestarle mi gratitud...

CONDE. Por qué? Entre vecinos... (Viendo á Ruperto.) Oh, señor de Malabriga... (Á Julia.) Vizcondesa!... (Se separa á un lado hablando con ella.)

ALF. (Muy satisfecho, á Clara.) Eh? qué tal? ves qué amable...

CLARA. Muy amable! Á tí te parecerá muy amable?... (Con ironia.)

ALF. Un ángel!

CLARA. (Es claro! siempre lo mismo.)

ESCENA IX.

DICHOS y ANTONIO.

ANT. (Saliendo y dirigiéndose en voz baja á sus amos.) Señora?

CLARA. Qué ocurre?

ANT. Ahí hay un hombre de bastante mal aspecto y con una botella debajo de cada brazo...

ALF. (Sin darle tiempo á concluir.) El primo Caparrosa: el del herbolario.

CLARA. Ah! (Disgustada.)

ANT. Que dice que...

ALF. Sí, ya lo sé; voy en seguida: que espere.

CLARA. (En este momento.)

ALF. Viene á convidarse á comer, siguiendo la costumbre de allá y trayendo como siempre su escote.

CLARA. Delante de toda esta gente.

ALF. Y del Conde!

CLARA. Qué hacemos?

ALF. No te apures; tienes jaqueca: yo me entenderé...

CLARA. Pero políticamente, Alfredo; al cabo el pobre obra de tan buena fé y nos quiere tanto!... que venga otro dia!

mañana estaremos solos.

ALF. No tengas cuidado; no notará nada: voy... Con permiso, señor Conde... Dispénsenme ustedes un momento; señores, vuelvo en seguida.

CLARA. Ah, aprovecharé la ocasion: no quiero dejar creer á este hombre...

ESCENA X.

DICHOS, menos ALFREDO y ANTONIO.

CLARA. (Al Conde, que se dirige á hablarla.) No sé, en verdad, caballero, cómo expresar á usted el sentimiento y disgusto que me ha causado la imprudencia de mi esposo...

CONDE. Otra vez, señora? Repito que no veo imprudencia alguna en su solicitud, y para probárselo, confesaré á usted que hace mucho tiempo que yo experimentaba ese mismo deseo, en el cual hubiera tomado la iniciativa, si el miedo de desagradar á usted...

CLARA. (Con tono de reconvencion.) Y ha hecho usted muy bien. Yo en realidad no tengo motivo alguno para desear esa innovacion, y por lo tanto le suplico...

CONDE. Por favor, no revoquemos una decision que tanto placer me causa, ni quiera usted privarme de una felicidad que yo he deseado, es verdad, pero que no he buscado, por mas que haya maldecido mil veces el obstáculo que me impedia admirar á usted á mi placer...

CLARA. (Interrumpiéndolo.) No divaguemos, por Dios, señor Conde; no quiero obligarle á usted ahora á que haga un idilio á propósito de mi persona y de mi mirada. Se trata del enrejado, que suplico á usted que deje tal como está.

CONDE. Cómo! Usted me exige sériamente...

CLARA. Yo no puedo exigir. Digo que lo deseo.

CONDE. Despues de lo que acabo de hablar con el señor de Santurce...

CLARA. Hágase usted cuenta de que nada ha sucedido.

CONDE. Qué me pide usted, señora? Que falte á mi palabra! que deje que formen de mí una opinion nada favorable?... Si á lo menos me prometiese usted que este sacrificio habia de tener con el tiempo alguna recompensa...

CLARA. Veo que es difícil entenderse con usted, caballero. Todo lo convierte usted en sustancia, y renuncio por consiguiente á continuar esta conversacion.

CONDE. Lo cual quiere decir que el balcon?...

CLARA. Hará usted lo que guste; pero en la seguridad de que el que no continuase como hoy está, me desagradaria soberanamente.

CONDE. Oh, señora! no será usted tan cruel! (Sonriendo.)

CLARA. (Mirándole con dignidad.) No sé lo que puedo ser; pero seguramente no seré lo que usted piensa.

CONDE. (Mientras Clara se dirige á reunirse con Julia, que durante toda esta escena ha estado retirada hablando con Ruperto.) Vamos. Esto será un poco mas largo de lo que yo imaginaba...

CLARA. Vamos, querida. (Á Julia.)

JULIA. Cuando quieras... si yo te estoy esperando. (Bajan al proscenio. El Conde queda hablando con Ruperto.)

CLARA. Pues á comer! Ah, espera! voy á despedirme de Alfredo, á prevenirle que vendré tarde..

JULIA. Despues del teatro. El Real se acaba temprano... á la una estamos en casa... no veo necesidad de que le digas...

CLARA. Sí, hija, sí; no ves que... (Sin ser oida del Conde y Ruperto, que hablan al foro.)

JULIA. Ah, es verdad! Se me olvidaba que no teneis mas que un cuarto para los dos. En el año sesenta y siete! pero hija, por Dios! Mira que eso es lo mas estrambótico!...

CLARA. Qué quieres! ya sé que es ridículo... y aun mas que ridículo incómodo.

JULIA. Incómodo y grotesco!... debias decirle á tu marido!...

CLARA. No deseo otra cosa, ya lo sabes, pero es preciso encontrar ocasion...

JULIA. Nunca mejor que esta noche. Vendrás del teatro á la una ó mas... tendrá que esperarte, lo cual es fastidiosísimo para él! Ya tienes entablada la conversacion con tan excelente pretexto.

CLARA. No dices mal. Mira que Alfredo va á volver, llévate á esos señores...

JULIA. Voy! quién de usted me da el brazo hasta la escalera, señores?

RUP. Oh, vizcondesa!... (Ofreciéndole.)

JULIA. Te espero!

CLARA. No tardaré! hasta luego!

RUP. Señora... (Saludándola al salir.)

CONDE. (Ya en la puerta.) La frase es para ellos solos ó para mí tambien?

CLARA. Cómo?... cuál?

CONDE. Ha dicho usted hasta luego... podré esperar?

CLARA. (Séria.) En nombre de mi marido, diré á usted que esta casa es muy suya, señor Conde.

CONDE. Ah, gracias, señora, gracias. (Sale.)

ESCENA XI.

CLARA y ALFREDO.

CLARA. (Sentándose.) El fátuo!... se ha figurado sin duda... y mi marido, me lo trae él, él mismo á casa!... Oh... pero bien castigado va! Pensemos en mí ahora. Si pudiese convencer á Alfredo!...

ALF. (Saliendo por el cuarto de Clara y riendo.) Já, já!... estás sola?

CLARA. Sí, qué tienes?

ALF. Si hubieras visto!... vaya un rato que han pasado... Yo no quise distraerte, porque como tenias gente... já... já!... Se han ido echando chispas.

CLARA. Pero quién?

ALF. Los Rodriguez.

CLARA. Ah, ya se han ido!

ALF. Como perro con cencerro! venian á ver la casa.

CLARA. Sí, me dijeron que vendrian hoy.

ALF. Y la han visto toda, pero á escape. Desde las primeras habitaciones, y al ver nuestro lujo, ya no podian contenerse; pero yo no les he perdonado ni un rincon, excepto este cuarto. Á cada novedad, á cada mueble, palidecian y se miraban el uno al otro. Al ver nuestro comedor con sus caloríferos, sus lámparas de gas, sus fuentes, ecétera, creí que el hinchado gorrista iba á moderme de envidia y rabia... y luego ha faltado poco para que la señora de Rodriguez, no cayese desmayada dentro del baño, en tu cuarto de tocador. Como que he tenido que sostenerla... buen rato han pasado.

CLARA. Y se fueron?

ALF. Sí, sin querer ver las cuadras y las cocheras! Abrace usted á mi querida Clara en mi nombre.... y adios, tenemos mucha prisa!... Já... já!...

CLARA. La fátua!... ya estoy vengada.

ALF. Con que yo, cumpliendo el encargo, te abrazo por ella: pero no tengas cuidado, no te morderé.

CLARA. Siempre hablando de sus palacios y de sus carruajes... una fabricanta de gorras .. Pero gracias á tí no ha podido seguir humillándome por mas tiempo. Cuánto te lo agradezco, Alfredo mio!

ALF. De veras?

CLARA. Y te quiero cada dia mas.

ALF. Pues y yo? Eres mi tesoro. . (Si yo pudiese aprovechar la ocasion para hablarle del cuarto!...)

CLARA. (Probemos!) (*Alto y tímidamente.*) Tambien les has enseñado nuestra alcoba?

ALF. (Calla!) Sí, sí, tambien!

CLARA. Y qué les ha parecido?

ALF. Muy bien .. solamente que Florinda me ha hecho una observacion...

CLARA. Una observacion!

ALF. Digna de ella!

CLARA. Cuál?

ALF. Me ha dicho!...—«Encuentro muy extraño al ver tanta variacion, que conserven ustedes su antigua cama!»

CLARA. Ah, lo ha notado?

ALF. Sí; pero yo he dicho: pues no lo encuentre usted extraño, señora: es nuestra cama de boda, y no se separa uno tan fácilmente de un objeto tan querido.

CLARA. Ya lo creo.—Y qué ha dicho á eso la señora de Rodriguez?

ALF. Ya conoces tú su risita!... já... já... já!... es gracioso eso!... já... já... já!...

CLARA. Uy! qué mal alma tiene esa mujer.

ALF. Hija, era la única cosa en que podian meter el diente.

CLARA. Cierto... y como que en realidad, nuestra pobre cama se despega de los demas muebles!...

ALF. Francamente!... eso es verdad!... qué diablos, hay que confesarlo. Toda la habitacion á lo Luis quince, con ese almatoste de caoba en medio...

CLARA. Lo peor es que ocupa medio cuarto...

AFF. Sí, tan amazacotado...

CLARA. (*Pausa.*) Pero como nosotros no le conservamos por su valor, yo me pongo en el lugar de los demas que la ven... y comprendo que se burlen...

ALF. Pues mira, hija, si quieres, mandaré llamar á Ribot...

CLARA. Cómo? para qué?

ALF. (*Tímidamente.*) Para que la cepille un poco por los costados... así no abultará tanto...

CLARA. Sí, solo que con eso no conseguirás el objeto.

ALF. Es verdad!... tambien podria hacernos dos de ella!... lo que es madera, hay de sobra!...

CLARA. Ya lo creo! Y bonitas que pueden ser.

ALF. Preciosas, en encargándose él...

CLARA. Pero me ocurre una idea.

ALF. Cuál?

CLARA. Que nuestro cuarto es pequeño para dos camas. No van á caber.

ALF. Pequeño? crees tú que es?...

CLARA. Mucho: como no quitemos el armario de espejo!

ALF. Hija, no, no podemos pasar sin él.

CLARA. Entonces vamos á estar muy incómodos.

ALF. Pues mira, francamente... eso... no me hace mucha gracia eso.

CLARA. Ni á mí tampoco... pero, qué remedio!

ALF. Dime, y el tabique? Por qué no echamos abajo el tabique?

CLARA. Eso es! Y mi tocador entonces!

ALF. Es verdad!... tu tocador... ya no me acordaba yo de tu tocador.

CLARA. Si hubiera alguna otra pieza próxima...

ALF. Ah! sí, si hubiese alguna otra pieza!

CLARA. Mi guardaropa, por ejemplo, que es una bonita habitacion si estuviese aquí al lado.

ALF. Claro!... pero como está tan lejos... qué lástima!

CLARA. Y yo no dudo precisamente porque está lejos... que a l fin no hay mas que dos piezas por medio...

ALF. Dos piezas nada mas, que nadie habita... y que se comunican.

CLARA. De modo que casi puede decirse que está dentro de la alcoba.

ALF. Es absolutamente como si estuvieran pared por medio... Sabes que si al fin nos determinaramos... ibamos á entrar en la moda casi sin pensarlo?

CLARA. Pues?...

ALF. Ah, hija, porque ya nadie... Es cosa sabida: en los matrimonios regulares, la señora á la derecha y el marido á la izquierda.

CLARA. Como si dijeramos cada uno en su casa?

ALF. Y esto no creas que deja de tener sus atractivos...

CLARA. Sí? Pues entonces...

ALF. Nos decidimos?

CLARA. Está dicho.

ALF. (Ajajá!) Déjame que te abrace por esta idea que has tenido!...

CLARA. Dí luego que no te quiero, ingrato, cuando me desvivo por darte gusto. (Logré mi objeto!)

ALF. Voy á mandar avisar á Ribot, y esta misma noche está todo dispuesto. Le mandaré traer dos camas nuevas, bonitas, verdad? Mejor que hacer obra ninguna...

CLARA. Sí, sí; Julia me espera para comer.

ALF. Yo comeré en el Casino!

CLARA. Conque hasta luego?... Digo, no, hasta mañana?

ALF. Sí.

CLARA. Querrás creer que me da pena esta despedida?

ALF. Por qué? si es lo mismo. Ademas, no está convenido?...

CLARA. Sí!...

ALF. Pues hasta mañana, vida mia!

CLARA. Hasta mañana!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala que precede al salon de baile por tres grandes puertas al foro: puertas laterales: muebles de lujo: al levantarse el telon varios tapiceros se ocupan en acabar de adornar las habitaciones y el salon: algunos subidos en escaleras de mano colocan arañas, colgaduras, etc.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO, RUPERTO, ANTONIO, el TAPICERO.

ALF. Mientras que mis convidados fuman en la pieza del café tenemos que hablar dos palabras.

RUP. Bien: aun no ha concluido esa gente?

ALF. Estan acabando de arreglar el salon para el baile.

RUP. Es Ribot quien te ha arreglado los salones?

ALF. Ribot!... no por cierto. He encontrado otro tapicero mas modesto, que me ha alquilado todo por una futesa.

RUP. Alquilado?... Ahí estamos ya?

ALF. Para qué querias que comprase esa multitud de jardineras, de arañas, lámparas, etc., que adornan desde la escalera al salon? un engorro mas para despues. No; he preferido alquilarlo... Hablas de Ribot? Ya está buena alhaja. Cuando yo vuelva á meterme en ningun negocio con él.

RUP. Pues qué te ha hecho?

ALF. Escucha. Cuando hace dos meses me trajo la última cuenta de sus muebles, cincuenta mil reales, le supliqué me esperase á fin de Enero... es decir, hasta mañana.

RUP. Y qué?

ALF. Hace tres dias, viendo acercarse este plazo, y no hallándome muy desahogado de intereses...

RUP. Hola!

ALF. Sí: las cosas no van tan bien como yo hubiera deseado! Este fin de mes me va á ser terrible! Pues le pedí una prórroga que él aceptó, y hoy me manda el pagaré que he de firmar, incluyéndome diez y ocho mil reales mas, por nueve meses de alquiler de los muebles de *Mademoiselle Mandarine.*

RUP. Bien, y qué?

ALF. Qué!... en primer lugar cómo se explica el que esos muebles sean alquilados?

RUP. Pues siéndolo, hijo. La francesa los tomó al tapicero Ribot, tú no lo sabias?

ALF. No; ni ella me ha dicho...

RUP. Por prudencia tal vez! Es tan prudente la pobre chica! Pero yo conozco toda la historia, y te la contaré! La pobre Mandarina buscaba el año pasado una casita modesta y decentemente amueblada, cuyo gasto debia satisfacer su padrino ó su tio!... no sé á punto fijo qué parentesco es el del baron.

ALF. Sí, sí; adelante:

RUP. Conque Ribot la proporcionó este cuarto segundo y los muebles que conoces, en la modesta cantidad de seis mil duros el movilario y veinticuatro mil reales al año la habitacion.

RUP. Sí, la habitacion ya sabia su precio, pero ignoraba lo demas.

RUP. Pues oye! como este gasto excedia á las intenciones é intereses del susodicho padrino, parece que este se negó á pagarlo, y solo á fuerza de súplicas consintió en

en firmar pagarés para satisfacerlo á plazos. El primero se solventó, pero al segundo el baron estaba en Aquisgran y no parecieron los cuartos. Sucedió lo que era de presumir, nuestro tapicero protestó, demandó y embargó. Mandarina, en el colmo de la desesperacion, se echa á los pies de Ribot. «Si me embarga usted me desconceptua! Qué va á ser de mí sin mi tren y sin mi casa!... Déjeme usted mis armas.» El tapicero se enterneció y la dejó sus armas.

ALF. Ya!

RUP. Mediante la módica retribucion de dos mil reales al mes, amen del arrendamiento de la casa, que es otro tanto. Ahí tienes explicado el negocio.

ALF. Bien; pero en todo eso no veo razon para exigirme á mí el pago de los muebles.

RUP. Como usufructuario de ellos.

ALF. Qué usufructuario, hombre? Una simple galanteria sin intenciones hostiles, como si dijeramos... Yo no tengo mas interés con ella que el de una buena amistad.

RUP. Pero dejas creer otra cosa; quieres darte importancia, y eso se paga en el mundo.

ALF. Sí, pero aunque así sea, solo hace seis meses que yo la visito.

RUP. Bueno! pero tú no cuentas los atrasos.

ALF. Los atrasos del baron? He de pagar yo el usufructo del otro tambien, y dos mil reales al mes por un moviliario que no vale sesenta mil reales, cuarenta por ciento al año. Me niego rotundamente á pagarlos, y si quiere que me obligue judicialmente.

RUP. Desgraciado, ¿qué es lo que dices? Y tu mujer?

ALF. Ah, es verdad; el miserable especula con mi posicion.

RUP. Eso es. Te ha cogido entre dos puertas.

ALF. Voto á!...

RUP. Chico, estos son los inconvenientes de la intriga... de vivir á la moda. ¿Quieres tomar mi consejo? Paga y cállate...

ALF. Sí, pero es el caso que estoy apurado!...

RUP. Hombre... tanto?...

ALF. Ya te lo he dicho. Es un fin de mes borrascoso. La Bolsa en baja. Todos mis negocios idem. Si no puedo levantarme con la operacion que he hecho hace dos dias...

RUP. En la Bolsa?

ALF. Sí; un golpe soberbio... Pero mientras tanto...

RUP. Y bien; se pide dinero prestado.

ALF. Á quién?

RUP. Á tu tio.

ALF. Nunca; á él menos que á nadie...

RUP. Bueno!... Aun te quedan amigos...

ALF. Amigos!... como no seas tú!

RUP. Yo!

ALF. Sí; si no recuerdo mal, me debes dos mil duros.

RUP. Yo, Alfredo mio! Qué mal me conoces! Dos mil duros!... Si tuviera yo dos mil reales disponibles siquiera, era el mas feliz de los hombres.

ALF. Tú tambien?

RUP. Yo y todo. Sabes tú lo que cuesta vivir en Madrid?

ALF. Sí, con el tren que tú gastas... Pero yo te hacia con una renta de...

RUP. De cuanto, vamos á ver.

ALF. De seis á ocho mil duros.

RUP. Oh adorada ilusion! querido! Si me lo hicieses bueno! Tengo veinticuatro mil reales que me dejó mi buen padre, con los cuales ya comprenderás que no hay ni para garbanzos.

ALF. Y entonces, ¿cómo vives?

RUP. Y qué quieres? Si uno no gastase mas de lo que tiene... Pues bueno andaria el mundo. Hay que ingeniarse del mejor modo posible... y yo he descubierto el medio. Por ejemplo, jamás como en mi casa. Siete ú ocho buenos amigos, de los que tú eres uno, me brindan su mesa una vez por semana: los muebles pertenecen tambien á Ribot, el cual no me exige el alquiler de ellos,

mediante la parroquia que le proporciono: el sastre me viste muy barato porque le sirvo de figurin en los bailes y reuniones del gran mundo. Ademas juego de cuando en cuando, gano, y de esta manera se va viviendo viviendo, vegetando, chico, vegetando.

ALF. Con todo eso no me das una idea para salir de mi apuro.

RUP. Y si ya te he indicado el único que se me ocurre... Por qué no escribes á Ribot que te dé una próroga, yo le llevaré la carta.

ALF. Me repugna tratar con ese hombre... pero no veo otro medio... aquí mismo. (Sentándose á escribir.)

RUP. Despáchate. Tus convidados no tardarán en llegar.

ESCENA II.

ALFREDO, RUPERTO, GASPAR, despues PERELLADA, ANDRÉS, y algunos jóvenes en traje de baile.

RUP. Eh? qué te decia yo? Han concluido de fumar, y aquí los tienes.

GASP. Caballeros, acérquense ustedes. Vamos á ensayar un nuevo cotillon con que finalizará esta gran *Soirée.* He inventado un paso!... (Haciendo corro en el foro con los demas convidados.)

AND. (Se acerca á Alfredo y le dice á media voz.) Acaban de traer...

ALF. (Alguna factura... alguna cuenta!...)

AND. No es eso!...

ALF. Bien, pues déjame!... mañana...

AND. Es que parece que urje...

ALF. (De mal humor.) Digo que mañana! Esta noche estoy ocupado, no me rompas la cabeza. (Sigue escribiendo y Andrés se aleja.)

RUP. (Llevándose aparte á Gaspar.) Oiga usted, mocito! mal viene esa alegria con las noticias que corren.

GASP. Qué noticias?

RUP. Quiere usted hacerse el disimulado, señor cajero? Segun parece su principal de usted por un lado, y usted por

otro han perdido este mes en la Bolsa sumas enormes!

GASP. (Preocupado.) No; qué tonteria... Algun piquillo y nada mas... Esta pícara baja!

RUP. Ya, y para pagar las diferencias ha vendido usted esta mañana á Ribot su tilburí, un caballo de montar y otra porcion de frioleras.

GASP. Eh?... quién ha dicho?... Silencio... alguien viene! (Alto y afectando alegria.) Conque qué les parece á ustedes el paso? La pierna delante... cuidado, hombre, la izquierda, la izquierda... (Se pone á ensayar el paso de baile, haciéndole corro los demas: bailando tropiezan con Perellada.)

PER. Demonio! no hay que preguntar... el cajero!... (Gaspar desaparece con el grupo de los jóvenes en el otro salon.)

RUP. (Mirando á Gaspar.) (Sí, sí, el cajero, que no sé qué diablo de aire tiene esta noche...) Concluyó usted de fumar?

PER. Sí, señor!... Y cómo va de reumatismo?

RUP. Hombre, sí: me resiento en cuanto acabo de comer.

PER. Y cuando se acuesta usted, y cuando se levanta, eh?

ALF. (Cerrando la carta.) Y qué tal, ha comido usted, querido tio?

PER. Bien!

ALF. (Entregando la carta á Ruperto.) Toma, ya sabes.

RUP. (Tomando el sombrero.) En un vuelo... Hasta luego. (Empiezan á verse por el foro convidados que llegan.)

PER. Ya tus salones se llenan, ahí estan los señores de Rodriguez, tus mejores amigos.

ALF. (Poniéndose los guantes.) Ya estan ahí? Y Clara? Dónde está Clara?

PER. Aquí viene!

ESCENA III.

DICHOS, CLARA.

Alfredo y Clara entran por la izquierda.

ALF. Vamos, hija, dáte prisa. Mira cuánta gente.

CLARA. (Lánguidamente.) Ay Dios mio! si supieses qué cansada estoy... creí que no acababa nunca de vestirme.

ALF. Hija, por Dios, domínate!... en una noche de baile!... No nos vayas á hacer bostezar á todos.

CLARA. Pero si estoy muerta, querido, muerta.

ALF. En los salones te distraerás... Anda, anda, hija! (Á Perellada.) Acompáñela usted, tio, y despiértela si se duerme. (Es capaz de dormirse... Ah, allí veo á los Rodriguez... corramos.) (Desaparece en el foro, entran los convidados.)

ESCENA IV.

PERELLADA, CLARA.

CLARA. Ah!... por fin me deja en paz... Querido tio, usted que es tan bueno, tan amable... me permitirá que me siente un momento á descabezar el sueño?

PER. Pero hija, eso ya es una enfermedad.

CLARA. No, creo mas bien que efecto de una medicina.

PER. Cómo?

CLARA. Sí: viendo que me era imposible por la noche conciliar el sueño, mi médico me ha recetado una pocion que, segun me ha dicho, contiene opio... Ahí la tengo, en mi cuarto... un frasquito... tomé esta mañana solamente unas gotas, la dósis indicada, y aunque yo no esperaba el efecto tan pronto, lo cierto es que no puedo levantar los párpados.

PER. Qué régimen! Despues del insomnio el sueño artificial!... Oh, casa... oh, costumbres!... Adónde vais á parar?...) Pero, desgraciada, no huelas al menos esas flores. (Quitándole el ramillete que tiene en la mano.)

CLARA. No, no, déjeme usted mi ramillete.

PER. Es el que el Conde de Marsilla te envió hace poco?

CLARA. Es muy bonito, ¿no es verdad?

PER. Muy bonito... como de quien viene... Pero vamos á ver, desgraciada, podrás al menos por una semana dar

treguas á esta vida agitada que llevas, descansar un poco?

CLARA. Pero si descanso en medio del invierno, querido tio, ¿cuándo quiere usted que me divierta? (Bostezando.)

PER. (Bostezando tambien.) Tienes razon, es preciso divertirse.

(El Conde aparece en el foro, saludando á varios convidados.)

PER. Calla! aquí le tienes ya?

CLARA. Quién?

PER. El Conde de Marsilla, de quien hablabas ha poco.

CLARA. Es preciso dominarse... seria ridículo que un amigo de la casa... (Se dirige al foro: se encuentra con el Conde, que lo da el brazo, saliendo despues de haber saludadado ligeramente á Perellada.)

ESCENA V.

PERELLADA, despues ANDRÉS y EUGENIA.

PER. (Siguiendo con la vista.) Hum!... no me agrada mucho esto!... Ese señor me es antipático sin poderlo remediar...

EUG. (Llamando á su tio con misterio.) Tio!

PER. Qué?

EUG. Está usted solo?

PER. Ya lo ves!

EUG. (Trayendo á Andrés por la mano.) Entonces, entre usted, Andrés, venga usted conmigo.

PER. Pero qué ocurre?

EUG. Que Andrés tiene que decir á usted no sé qué cosa y no se atreve.

PER. Que no te atreves? De cuándo acá te has vuelto tímido conmigo?

AND. Es que mi principal... Es un asunto tan delicado...

PER. Bueno: hablarás al fin?

AND. Ya no dudo. Oiga usted. Estaba yo hace un momento á la puerta de entrada, cuando se acercó un hombre y me entregó...

PER. El qué?

AND. Un papel para mi principal.

PER. Y bien, qué contiene ese papel?

AND. (*Enseñando uno que tiene en la mano.*) En primer lugar, el sello del juzgado.

PER. Del juzgado?

AND. Sí señor; una citacion para mañana. Iba á entregársela á don Alfredo, pero no me ha querido escuchar, y figurándome yo que esto no debia quedar así...

PER. Has hecho bien!

AND. He venido á entregársela á usted y á suplicarle al mismo tiempo que me disculpe con mi principal cuando sepa...

PER. No tengas cuidado. Andad á bailar, hijos mios, dejadme solo un momento. Marchaos.

EUG. (*Acercándose cariñosamente.*) Dígame usted, querido tio! (*Volviéndose.*) Perdone usted, Andrés.

AND. Oh, señorita!... (*Separándose.*)

EUG. Dígame usted, querido tio, si Andrés quiere que baile con él toda la noche...

PER. Y bien?

EUG. Y bien?... Dígame usted, qué hago?

PER. En primer lugar, tú bailarás con él á gusto?

EUG. Ya lo creo!

PER. Pues entonces, hija mia, baila y déjame en paz.

EUG. Es que yo se lo preguntaba á usted porque tengo miedo del qué dirán.

PER. Y bien, qué quieres que digan?

EUG. Lo que se dice en esos casos: que no está bien visto que se baile toda la noche con una misma persona, á menos que esa persona...

PER. (*Remedándola.*) Que esa persona... Vamos, acabarás?

EUG. (*Bajando los ojos.*) Á menos que esa persona esté autorizada por su tio y tutor... (*Variando de tono.*) Porque si se tratara de cualquiera que estuviera autorizado por usted, yo no le preguntaria nada.

PER. Sí, vamos, ya te entiendo. Si tuviese la autorizacion que tiene un presunto esposo, un futuro marido, eh?

EUG. Yo no sé; usted es el que lo ha de decir.
PER. Pero bien: si eso fuese así, te pareceria á tí bien?
EUG. Á mí se me figura que sí.
PER. Pues entonces, bailad, y bailad hasta que no podais mas. Estais autorizados el uno y el otro.
EUG. (Muy alegre.) Ah, pues entonces, vamos, vamos. Venga usted, Andrés; vamos á bailar toda la noche: estamos autorizados!... Ah, qué alegria, qué alegria! (Marchándose.)
PER. (Siguiéndolos con la vista.) Á lo menos estos me consolarán un poco.

ESCENA VI.

ALFREDO, PERELLADA, ANTONIO.

ALF. Han servido helados en la sala de juego?
ANT. Sí, señor; el fondista me encarga advierta á usted, que el *buffet* está servido y que puede usted ir á verlo cuando guste. (Deja dos helados sobre la chimenea.)
ALF. Voy allá!
PER. Perdona, quisiera decirte dos palabras.
ALF. Á mí?
PER. Sí.
ALF. Bueno; pues aprisita, tio: ya ha oido usted que me esperan.
PER. Que te esperen.
ALF. (Preocupado.) Bien; pero hable usted, querido tio.
PER. No, no hablaré mientras no me escuches.
ALF. Qué quiere usted decir?
PER. Que tu cuerpo estará aquí; pero que tu imaginacion está muy lejos.
ALF. Sí... en efecto... ese baile!...
PER. Qué baile ni qué ocho cuartos... En el baile estás tú pensando ahora?
ALF. Pues entonces, en qué?
PER. En que en vez del *Porvenir dorado* que tu imaginacion

te habia hecho entrever, te encuentras hoy con un porvenir oscuro que no sabes cómo evitar.

ALF. Cómo sabe usted?...

PER. No creas que voy á hablarte de los sesenta mil duros perdidos en dos meses en la Bolsa.

ALF. Y cómo evita usted eso?... una desgracia... mi mala suerte... En fin, querido tio, ¿adónde quiere usted ir á parar?

PER. Adónde? Á tu ruina, que comienza; á tu crédito, que se derrumba, y á la citacion que ya tienes mañana en el juzgado por pago de cantidades casi insignificantes. (Entregándole el papel.)

ALF. Oh, querido tio! algun desconfiado! alguna mala intencion tal vez. Yo sabré castigar su atrevimiento. Es cierto que estoy apurado; pero son apuros del momento. Esto le sucede á todo el mundo.

PER. Oh vanidad! vanidad! Todo en este mundo, que tanto enalteces, no es mas que vanidad y miseria!

ALF. Bueno, pero concluyamos al fin.

PER. Hemos concluido. He cumplido con mi deber, y no diré una palabra mas.

ALF. Y me deja usted?

PER. Sí, porque no hay nada aquí que no me moleste: porque me ahogo... en esta atmósfera no puedo respirar á gusto.

ALF. No se marchará usted.

PER. En este momento.

ALF. Y Eugenia?

PER. Eugenia se quedará aquí. Ahí fuera le espera Anastasia y le acompañará á casa. Adios.

ALF. Volverá usted?

PER. Mientras vivas en esta casa, jamás.

AND. Tio!

PER. Jamás he dicho!... Pero á la hora del desastre, acuérdate de que en la Plaza Mayor existe una pobre casa, que fué la de tu padre: con un cuarto que ha permanecido vacio desde el dia que tú le abandonaste: con una me-

sa en la que se han conservado siempre dispuestos sin ocupar, con un corazon en donde siempre hallarán eco tus palabras, y que de noche, de dia, á cualquiera hora que suceda podeis decir los dos, sin remordimiento ni vergüenza: Vamos á aquella pobre casa donde nos aguardan: al pasar el umbral nos encontraremos entre nuestra familia.

ALF. (Enternecido.) Querido tio, es usted el mejor de los hombres; pero tiene una manera de desear mi ruina...

PER. Qué si la deseo? Sabes tú el momento en que yo seré verdaderamente feliz?

ALF. Cuál?

PER. Pues bien: ese momento será el de tu ruina. Arruínate esta noche, hombre; te lo suplico para que pueda yo dormir tranquilo.

ALF. Diablo!

PER. Pues claro está, os agarro á cada uno de un brazo, salimos de este infierno y viva La Bandera española! Cae el telon y todo se ha concluido.

ALF. Gracias, querido tio; yo le agradezco su buena intencion: pero ahora...

PER. Ingratos!... Eso lo habeis sido siempre. Solo espero á que seais desgraciados: entonces os volveré á encontrar... Adios.

ESCENA VII.

RUPERTO, ALFREDO.

RUP. (Entrando vivamente por la puerta de la derecha con unos papeles en la mano.) Por fin estais solo... gracias á Dios!

ALF. Por qué?

RUP. (Acercándose á una mesa y preparando los útiles necesarios para escribir.) Estaba... espiando el momento en que te quedáras solo.

ALF. Para qué?

RUP. Para qué? De dónde vengo? No me has enviado á ver á

Ribot? Pues ese es mi asunto. Dame albricias! Todo se ha arreglado.

ALF. Bravo!

RUP. Aquí tienes los pagarés; extenderemos tres; á tres meses, seis y nueve, por terceras partes, se los llevo, me devuelve el que cumple mañana y es negocio concluido.

ALF. Gracias. Vamos en seguida.

RUP. Pero antes entérate de este borrador que me ha entregado.

ALF. Borrador! de qué?

RUP. De la forma en que deben extenderse los pagarés: hay un pequeño aumento.

ALF. (Examinando el papel.) Un pequeño aumento! El interés de cincuenta por ciento, nueve meses? Y tú le has escuchado? Tú has podido aceptar semejante usura?

RUP. Qué demonios querias qué hiciera?

ALF. Qué queria que hiciera! .. Has podido creer por un momento que yo habia de consentir... No, jamás:

RUP. Pero, desgraciado, de otra manera no admite el renuevo... Si no aumentas el interés no hay próroga.

ALF. Ah! Y ha esperado este momento, el instante crítico, para ponerme el pié sobre el cuello. Yo le diré... (Haciendo ademan de salir.)

RUP. Adónde vas?

ALF. Adónde voy? (Furioso.) Á buscar á ese miserable, y á estrangularle.

RUP. Qué! vas á dar un escándalo?

ALF. Es verdad: no puedo!... Tengo las manos atadas!

RUP. Demasiado lo sabe él; por eso lo hace.

ALF. Es verdad: nadie tiene la culpa mas que yo, mi tio tiene razon. Yo he querido lucirme, he querido brillar en el mundo en una esfera que no era la mia. Entonces de qué te quejas? Calla y paga, necio; mentecato, calla y paga! (Se oye á lo lejos la música del baile.)

RUP. Conque decididamente, que resuelves?

ALF. Qué resuelvo? Qué presente su pagaré mañana y se le abonará.

RUP. Se le abonará?... Con qué cuentas para eso?

ALF. Con qué cuento? Tengo mas de diez mil duros bailando en ese salon. Ahí hay veinte personas por lo menos que particularmente, ó de mis almacenes son deudores de esa cantidad. Será posible que no encuentre lo que me hace falta? Oh! sí, lo encontraré; y dile á ese miserable que si tropiezo con él en la calle le ahogo. Esta es mi respuesta. (Abre la puerta del foro y se vé el baile en toda su animacion.)

RUP. Pues señor, se lo diré. Tú verás cómo te compones. (Marchándose. Alfredo entra en la sala de baile.)

ESCENA VIII.

El CONDE, CLARA.

CLARA. (Vienen bailando por el foro, Clara se detiene como fatigada. El Conde la conduce al proscenio.) Ah, no puedo mas. Por favor, detengámonos un momento.

CONDE. Oh, señora, lo que usted desee: (Las puertas del foro se vuelven á cerrar. La música se oye desde lejos.)

CLARA. Ah, se me va la cabeza!

CONDE. El vals!... yo tengo la culpa... dispense usted.

CLARA. No, esto no será nada... en descansando un instante... si usted me permitiera...

CONDE. Quiere usted un sillon?

CLARA. Sí!

CONDE. Aquí tiene usted.

CLARA. Gracias. (Sentándose.)

CONDE. No quiere usted darse ningun reposo: todos los dias de baile, de diversiones...

CLARA. No es eso precisamente; es que no duermo.

CONDE. Ya: pero por el dia.

CLARA. Tampoco! Si usted quisiera dejarme... salir diez minutos no mas... sí: con diez minutos de sueño me repondré.

CONDE. Dejar á usted en este momento, cuando encuentro la

ocasíon que tanto tiempo busco de poder hablar á usted á solas un instante?

CLARA. Bien: pero en otra podrá usted hablarme... me siento mal. Déjeme usted.

CONDE. Dejar á usted? huir de aquí? de su lado?... Y por qué, Clara? una palabra, una sola palabra que pueda decir cuanto la amo!... Ah, si esta pasion no fuera indiferente para usted; si consintiera usted en abandonar el mundo, en seguirme á los mas remotos climas donde nada, ni nadie pudiera oponerse á nuestra felicidad! Oh, entonces encontraria usted en mí el esclavo mas sumiso, el hombre que cifraria su gloria en crear para usted una vida de esplendor, de poesía...

CLARA. Caballero, he dicho á usted que no quiero escucharle, que no quiero... si alguien nos oyese...

CONDE. Pues bien, en otra ocasion mas oportuna... usted puede encontrarla cuando quiera á favor de ese balcon cuya reja está ya preparada de tal manera...

CLARA. Qué dice usted?

CONDE. Que puede abrirse sin el menor esfuerzo.

CLARA. Qué oigo?

CONDE. Esta noche dejaré mi balcon abierto. Una palabra de usted, y me tendrá á su lado.

CLARA. (Levantándose con aire ofendido.) Señor Conde, el hombre que no respeta á la mujer que sufre, no merece ni aun ser escuchado por ella; el hombre que no obedece las súplicas de la persona á quien dice que ama, no es digno de nada. He rogado á usted que me dejase sola: ahora no le suplico: le mando que se aleje de mi lado y que no vuelva á importunarme jamás. Tengo deberes que cumplir, que he sabido respetar hasta hoy y que respetaré siempre. Es cuanto tengo que responder á usted.

CONDE. (Humillado.) Señora, suplico á usted que me perdone.. ¡Ah, coqueta! Tal vez no tarde mucho la hora de mi venganza. (Váse.)

ESCENA IX.

CLARA, GASPAR, despues ALFREDO.

GASP. (Entrando por el foro.) Señora, dispénseme usted si la molesto, pero me prometió usted una polka, y no puedo renunciar tan fácilmente esa honra.

CLARA. Sí, es verdad: soy con usted en seguida.

ALF. (Entrando precipitadamente por el foro.) Ah, estabas aquí? Te buscaba.

CLARA. Y para qué? Me está esperando Gaspar, vamos á bailar una polka.

ALF. (Nervioso.) Bailar? Ya tendrás tiempo para eso.—Ahora escúchame, te lo ruego.—Y usted tambien, (Á Gaspar.) no se vaya usted, Gaspar, tengo que hablarle.

GASP. Á mí, señor?

ALF. Sí, á usted, ¿cuánto tenemos en caja?

GASP. Hoy? (Turbado.) doscientos ochenta mil reales.

ALF. Y á cobrar mañana...

GASP. Setenta mil.

ALF. Y los vencimientos montan...

GASP. Á trescientos cuarenta mil reales.

ALF. Entonces, estamos corrientes?

GASP. (Afectando tranquilidad.) Perfectamente: y aun nos sobra dinero.

ALF. Todos los pagos de mañana son urgentes?

GASP. Indispensables.

ALF. Sin embargo, seria preciso ver si podemos diferir... si hay medio de prorogar algunos. Baje usted á la caja, encienda usted el gas, y prepare la cartera.—Yo voy allí en seguida.

GASP. (Alterado.) Cómo? pretende usted?...

ALF. Sí; examinar nuestros vencimientos artículo por artículo, enterarme tambien de los efectos que hay realizables. Dispóngalo usted todo; vaya usted.

GASP. Está bien: voy en seguida.

CLARA. Conque vamos á ver; qué es lo que tenias que decirme tan urgentemente? (Gaspar al salir se ha apoyado en un mueble como un hombre completamente trastornado. Clara le observa y le dice.) Qué es eso, Gaspar, se pone usted malo?

GASP. No, no es nada, señora: el wals, que me ha trastornado un poco. (Á Alfredo.) Sí, voy; voy en seguida.

ESCENA X.

ALFREDO, CLARA, despues EUGENIA. Se oye tocar polka en los salones.

CLARA. Supongo que no habrá sido para enterarme de tus asuntos comerciales, por lo que me has hecho quedar?

ALF. Pues te equivocas: precisamente es por eso. Cuando estoy apurado, debo al menos exigirte que estés junto á mí, que participes de mis pesares.

CLARA. Pero en fin, qué hay?

ALF. Hay, que hace una hora me apuro, me afano para encontrar una miserable cantidad que me hace falta indispensablemente para mañana, y que no puedo encontrar por ninguna parte.

CLARA. Qué cantidad?

ALF. Setenta mil reales; la cuenta del tapicero, de Ribot, ya sabes...

CLARA. Esa pequeñez?

ALF. Sí, esa pequeñez, que hoy para mí no lo es.

CLARA. Pues bien, busca quien te la preste.

ALF. Quién me la preste? Y crees que eso es hoy muy fácil...

CLARA. Nuestro tio!...

ALF. Nuestro tio! Ya he pensado en ello: pero el acudir á él me repugna, es para mí un sacrificio muy doloroso.— Nos ha reprendido con tanta razon!... Toco hoy tan de cerca sus predicciones... Ademas, hace poco he tenido una conversacion con él y se fué enojado.

CLARA. Él nos quiere mucho; se hará cargo de la razon... y

sobre todo, si no quieres hablarle, escríbele!... Cuando se marche Eugénia, le llevará la carta!... La llamaré.

ALF. (Yendo á sentarse á una mesa y poniéndose á escribir.) Tienes razon: no hay otro remedio.

ESCENA XI.

DICHOS, JULIA, EUGENIA.

Julia viene por la primera puerta de la izqnierda y dice.

JULIA. Ea, aquí estoy ya. No he podido venir antes, querida. —Se ha bailado mucho?

CLARA. Ya lo creo; vienes tan tarde!...

JULIA. Despues que se acabó el Real tuve mi reunion de costumbre... si vieras qué de gente... qué confusion! y la ópera ha hecho un efecto...

CLARA. (Señalando á Alfredo.) Calla!

JULIA. (Bajando la voz.) Qué hay?

CLARA. Alfredo que está preocupado. Una pequeña contrariedad, un disgustillo...

JULIA. Contrariedad de intereses?

CLARA. Sí.

JULIA. Apuros de dinero? Ah, querida mia! Á propósito de dinero! si tú supieses que gran noticia!

CLARA. Qué noticia?

JULIA. En el Real lo he sabido. Figúrate que entró en mi palco el duque de... ya le conoces; mi amigo el banquero.

CLARA. Sí!

JULIA. Pues bien: le interpelé acerca de mi privilegio, del nuevo negocio que he emprendido. No te he contado? Este sí que es magnífico! Una gran mina de guano, que nos proponemos explotar, en el fondo del Rio-Manzanares. Es el negocio mas brillante ..

CLARA. Bien, bien, y qué?

JULIA. Pues bien: me interrumpió diciéndome: «Á propósito

de negocios, vizcondesa, usted juega á la Bolsa, no es verdad? Los alcistas estamos de enhorabuena.»

ALF. (Que está escribiendo, presta atencion.) (Qué dice?)

CLARA. Cómo?

JULIA. Que mañana se pronuncia un alza espantosa!

ALF. Un alza?

CLARA. Un alza?

JULIA. Sí.

ALF. Pues qué noticia?

JULIA. Pues qué no saben ustedes?

ALF. No, no sabemos nada. Hable usted por compasion, señora, hable usted pronto.

JULIA. Una cosa maravillosa, un parte telegráfico recibido esta noche, por el que se sabe que la escuadra española ha encontrado en alta mar á la chilo-peruana, y la ha derrotado completamente. Cuatro buques con coraza apresados: otros seis echados á pique... Una victoria completa!... en Paris se han cotizado hoy los fondos españoles con un cinco por ciento de alza.

ALF. (Cayendo anonadado en el sillon.) Miserable de mí: estoy perdido.

CLARA. Qué dices?

ALF. Que estoy perdido, arruinado; yo jugaba á la baja y ayer mismo firmé una gran operacion. Ese cinco por ciento de alza representa para mí ochocientos mil reales de diferencias que pagar mañana.

CLARA. Ah!

ALF. La ruina... porque yo no los tengo... estoy perdido, perdido.

CLARA. Pero todavia hay esperanzas. Vamos, no te aflijas de ese modo.

ALF. Oh, qué golpe, Dios mio! Cómo preveer esto? Y qué hago? qué hago? Nada... yo me ahogo... aire... abrir ese balcon... (Julia corre á abrir el balcon.)

CLARA. (Á media voz á Julia.) Por Dios, no metas ruido... no digas á nadie una palabra. Si esa noticia se esparce en mis salones ..

EUG. Hermano mio... Aflojadle esa corbata... se ahoga!! (Le quita la corbata.)

JULIA. Quieres que llame?

CLARA. No, á nadie.

ALF. (Con voz débil.) Ah, mi única esperanza es el cajero!... si yo pudiera realizar todo cuanto tengo... á cualquier precio!... Llamadle.

CLARA. (Á Eugenia.) Llama á Gaspar.

EUG. Está en el baile?

CLARA. No, en la caja.

EUG. Voy en seguida.

CLARA. Vamos, esposo mio, disimula, valor.

RUP. (Por el foro.) Donde anda ese Alfredillo que no le vemos? Hombre, tus convidados murmuran de tí, no les haces caso.

CLARA. No, no entre usted. El cajero nada mas: por Dios, cierre usted esa puerta.

RUP. (Al pasar al foro y mirando á Alfredo.) Pues qué sucede?

CLARA. (Disimulando y ocultando con su cuerpo á su marido.) Nada: que se ha mareado un poco... el baile... esto no es nada... Déjenos usted, amigo mio, déjenos usted.

RUP. Sí, hija mia, sí: el onceno... ya saben ustedes mi sistema. Me retiro. (Sale cerrando la puerta.)

CLARA. Ah, Dios mio! Y es preciso disimular, sonreir delante de esas gentes... (Á Eugenia, que entra.) Y bien ¿dónde está Gaspar?

EUG. No le encuentro por ninguna parte.

CLARA. Cómo no? Si acaba de bajar á la caja en este momento.

EUG. La caja está abierta y encendidas las luces.

CLARA. Abierta?

EUG. Sí, de par en par.

CLARA. Abierta? La caja? Ah! quédate aquí con Alfredo, voy yo misma. (Sale precipitadamente. Pausa de un momento y siempre se oye la orquesta lo lejos. Á Alfredo, que vuelve en sí.)

EUG. Vamos, hermano mio, estás mejor?

ALF. Sí, Eugenia, sí; dónde está Clara?

JULIA. Ha ido abajo. No se impaciente usted.

ALF. Abajo! Para que?

EUG. Como querias que el cajero viniese...

ALF. Sí. Y ¿por qué no ha venido? dónde está?

EUG. Clara ha ido á buscarle, porque yo he bajado á la caja y no estaba allí...

ALF. Qué dices? No estaba allí? estás segura?

EUG. Bien segura; todo está abierto de par en par...

ALF. Abierto!... cómo!... la caja!...

EUG. Sí.

ALF. (Poniéndose de pie.) Eso no es posible!... ah!... corro!.. (En el momento que va á salir, Clara entra pálida y desfallecida.)

CLARA. Adónde vas?

ALF. Abajo.

CLARA. No vayas.

ALF. Por qué?

CLARA. (No sabiendo qué decirle.) No, no vayas, no bajes, no debes bajar. Quédate ahí, Alfredo, yo te lo suplico... pero no te asustes, esto no es nada.

ALF. Nada, ¿cómo que nada? Pero ¿qué es lo que hay, desventurada? Respóndeme.

CLARA. Nada; cuando te aseguro... Yo te diré... pero estáte quieto, no te muevas de aquí.

ALF. (En el colmo de la ansiedad.) Clara, ¿qué nueva desgracia nos amenaza? Habla, yo quiero saberlo; habla, te lo ruego.

CLARA. Si...

ALF. Repito que quiero saberlo, que quiero saberlo!

CLARA. Alfredo!...

ALF. Déjame, déjame, yo lo sabré. (Se separa con violencia de su lado y se dirige á la puerta que conduce á la caja.)

EUG. Pero qué es lo que hay, Dios mio?

CLARA. (Sofocando sus sollozos.) Qué es lo que hay? Que el cajero se ha escapado!

JULIA. Se ha escapado?

CLARA. Sí, llevándose los fondos... La caja está vacia... no hay

nada... Nos ha arruinado... nada... (En este momento se oye un grito de Alfredo. Las puertas del foro se abren: cesa la música.)

ESCENA XII.

DICHOS, RUPERTO, el SEÑOR y la SEÑORA de RODRIGUEZ, ANDRÉS, ADELINA, ANTONIO, el fondista, el tapicero, convidados.

RUP. Quién grita de ese modo?

TODOS. Qué sucede? (Saliendo.)

CLARA. Por compasion, corran ustedes... Alfredo, mi marido... la caja... nos han robado!! Ah, no puedo mas. (Cae desfallecida en un sillon. Ruperto sale por la puerta de la caja seguido de varios convidados. Julia, Eugenia, Andrés y la Señora de Rodriguez rodean á Clara y la llevan cerca de la ventana, ocultándola del público. Adelina formando grupo á la derecha y hablando á media voz.)

ADEL. Pero qué sucede?

SRA. ROD. Yo no sé una palabra.

ANT. (Que ha seguido con la vista á Ruperto y á todos los demas.) Pues si dicen que el cajero... se ha escapado!

ADEL. Es verdad!

SRA. ROD. Se ha escapado con todo el dinero?

ANT. (Yendo al grupo de convidados del foro.) Nos ha dejado sin un cuarto.

JULIA. (Á la señora de Rodriguez.) Qué! no es eso solo, sino cuarenta mil duros que ha perdido en la Bolsa.

SRA. ROD. (Á un convidado.) Pues qué, no saben ustedes? sesenta mil duros que ha perdido en la Bolsa.

ANT. Demonio! (Sube al foro: habla á los convidados y estos van desapareciendo poco á poco.)

SRA. ROD. Si cuando yo lo decia... Este Santurce se mete en unos negocios... por fuerza debia de arruinarse. (Atraviesan por el foro varios convidados poniéndose los gabanes unos, trayendo los abrigos á la señora otros: algunos encienden fósforos y sus cigarros y se marchan: se ve á los músicos atravesar por el salon

con sus instrumentos debajo del brazo. Los criados apagan las luces, de modo que poco á poco todo ha ido quedando en oscuridad. La señora de Rodriguez, Eugenia y Julia, siguen prodigando á Clara sus cuidados. Antonio y Adelina vuelven á entrar con el abrigo y el paletó de los señores Rodriguez.)

JULIA. Vamos, ya te sientes mejor, no es verdad?

CLARA. (Levantándose.) Sí: y Alfredo?

AND. Don Alfredo ha salido con el señor de Malabriga á dar parte á la policia de lo ocurrido.

JULIA. Eso es lo mejor que han podido hacer. Ya verá usted como al fin no será nada. (Mientras que Adelina le echa el abrigo sobre las espaldas.) Ea, querida mia, te dejo ahora que todo va ya bien.—Adios. (Los tapiceros acaban de llevarse todos los muebles del salon; pero sin voces ni ruido. Clara se vuelve, mira todo lo que ocurre con aire abstraido, y se sienta en un sillon.)

EUG. Cómo te encuentras?

CLARA. Mejor. (Un momento de silencio. Clara mira alrededor suyo.) Qué es lo que ha sucedido? Esas gentes...

EUG. Nada, hija; como ya no queda nadie... han apagado las luces.

CLARA. Sí, ya lo comprendo.—Está al cuidado de esa gente, Eugenia, te lo suplico... yo no puedo ocuparme... ya ves...

EUG. Sí, sí; no te apures: yo voy á mandar cerrar las puertas. (Eugenia, Andrés y Julia salen: quedan formando grupo á la derecha, Antonio y Adelina, que continuan cerca de la chimenea una conversacion comenzada, sin hacer caso de Clara.)

ANT. Pues, amiga, ya la cosa no tiene duda. Habrá bancarrota, suspension de pagos... bancarrota...

ADEL. Sí, ó quiebra fraudulenta. (Clara fija la atencion en las últimas palabras y escucha.) Lo peor es que nos deben cuatro meses de salario.

ANT. Eso no te apure: yo estoy bien enterado en la legislacion; somos acreedores preferentes; primero el arrendamiento de la casa, y luego los criados. De modo, que en pagando á Ribot, el tapicero, que embargará por

setenta mil reales de los muebles de este cuarto y de segundo...

CLARA. (Extremeciéndose sin comprender.) (Y del segundo!)

ADEL. Del segundo?

ANT. Sí, tambien los de la francesa.

CLARA. (Los de la francesa!)

ADEL. Ah, cuando yo lo supe, en seguida predije lo que ha sucedido!... El cuarto segundo concluirá por aplastar al primero, nos engullirá á todos.

CLARA. (Acercándose.) Qué dice usted?

ADEL. Ah!... la señora!...

CLARA. (Mirándole fijamente: levanta despues los ojos al techo, comprende de repente todo lo que han hablado y lanza un grito) Ah!... el cuarto segundo!... la francesa!... (Se vuelve á ellos con aire alterado.) Miente usted, es una miserable, una infame! Quítese usted de mi presencia, salga usted.

ADEL. Yo, señora!...

CLARA. Salgan ustedes de mi casa... pronto!

ANT. Está bien, señora.

CLARA. Déjeme usted... me ahogo... quiero estar sola!... Dejadme todos, dejadme!... (Les hace seña de salir sin poder continuar hablando. Todos salen respetuosamente. Ella queda sola, mira un momento alrededor suyo, ve la habitacion vacia y oscura, despues levanta los ojos y dice:) Ah, Alfredo!... mi marido!... amante de esa mujer!... Qué me queda? Nada! Estoy sola!... Ah!... (Cae en un sillon tapándose la cara con las manos. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Clara. Balcon al foro con vidrieras y cortinas. Puertas laterales. Á la derecha del actor, en primer término, lavavo y un silloncito. En medio una puerta pequeña. Á la izquierda, sofá y sillones: velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, despues EUGENIA y ANDRÉS.

Al levantarse el telon, Clara está sentada en actitud de escribir.

CLARA. Sí; solo este hombre puede sacarme de dudas: no puedo acudir á nadie mas que á él. Todos me engañarian... Pero escribirle... hacerle venir aquí... este paso podria comprometerme... Y ¿cómo permanecer en esta incertidumbre! Cómo volver á ver á mi marido llevando esta duda horrible en el alma? No, cualquier sacrificio es preferible á tan cruel tormento! concluyamos! (Escribiendo.) Cuatro palabras no mas, le dejaré la carta antes de que venga gente. (Abre precipitadamente el balcon y desaparece por él á tiempo en que Eugenia sale por la primera puerta de la derecha.)

EUG. (Llamando.) Clara, Clara! Dónde está? (Buscándola por to-

das partes.)

CLARA. Qué es eso? Quién está ahí?

EUG. En el balcon?

CLARA. Sí: queria refrescar un poco la habitacion... hace un calor!...

EUG. Calor!... y está helando!... No comprendes que te puedes poner mala? Ya lo estás! Tienes calentura.

CLARA. No, no es nada. Qué hora es?

EUG. Van á dar las cinco!

CLARA. Y toda esa gente?

EUG. Ya no queda nadie; nadie mas que Anastasia, que está cerrando las puertas, Andrés que está esperándome, y yo.

CLARA. (Mirando sin cesar al balcon.) Bueno, pues ahora querida mia, puedes irte á acostar.

EUG. Oh! no, no quiero dejarte sola. Todos los criados te han abandonado!. . Qué ingratos! no queda nadie en la casa!

CLARA. Han hecho bien: de ninguno necesito. Ademas, Andrés se pasará como de costumbre la noche en su cuarto despues de haberos acompañado á vuestra casa: y yo, si es que tengo necesidad, le llamaré. Conque, adios, hija mia!

EUG. Pero... yo queria decir una cosa á mi hermano, una cosa que te diré á tí, si tú me lo permites.

CLARA. (Impaciente.) No, hija mia, ahora no; es muy tarde.

EUG. Mas tarde seria luego! (Movimiento de impaciencia de Clara.) Yo te lo ruego, escúchame, no te enfades... No sé cómo empezar; si tú me ayudases...

CLARA. Pero, qué idea te ha dado?

EUG. (Sentándose á su lado.) Dime, á las diez es cuando se abre la caja para los pagos?

CLARA. (Con amargura.) Sí: para los pagos que no podemos satisfacer hoy... la ruina!

EUG. La ruina!... Claro, eso sucederá; pero si me quisieras hacer caso...

CLARA. Á tí?

EUG. Á mí, sí señor, á mí. Vamos á ver; á cuánto ascienden los vencimientos de hoy? veinte mil duros, poco mas ó menos, no es verdad.

CLARA. Y qué?

EUG. Y qué? Que puede ser que haya alguien que tenga esos veinte mil duros; alguien que se daria por muy satisfecho conque se los quisieras recibir para salir del apuro.

CLARA. Y quién es ese alguien?

EUG. (Tímidamente.) Yo... sin ir mas lejos. Tengo veinticinco mil duros de dote.

CLARA. (Abrazándola.) Ah! hija mia, y eso es lo que no te atrevias á decir?

EUG. Vamos, aceptas?

CLARA. Aceptar? No, nunca. Acepto, sin embargo, la dulzura, la generosidad de tu ofrecimiento... Me hace muy feliz el escucharte, porque comprendo cuánto cariño encierra tu alma para nosotros. Abrázame, Eugenia mia, abrázame, y cree que te agradezco mucho lo que haces. En seis meses de tantos placeres como he creido disfrutar, no he tenido, sin embargo, un verdadero momento de alegria hasta este que tú me das, querida Eugenia!

EUG. Sí, mucha alegria, pero no aceptas. Por qué no aceptas?

CLARA. Por qué? Porque es tu dote!

EUG. Y qué importa?... Ah, sí; temes que eso impida mi casamiento? Bah! bien se ve que tú no conoces á mi futuro. (Llamando.) Andrés, Andrés!

AND. (Presentándose en la puerta de la derecha.) Eugenia!

EUG. (Á Clara.) Escucha con atencion. (Á Andrés.) Oiga usted, Andrés. Mi tio le ha permitido á usted que me haga la córte, y á mí me ha permitido tambien que me la deje hacer; pero hoy nos encontramos en una situacion... Dígame usted, Andrés; usted se casaria conmigo aunque yo no tuviese dote?

AND. Eh?

EUG. Digo, que aunque no tuviese dote, ni un real...

AND. Pero no comprendo...

EUG. Pues mas claro: es preciso que sepa usted que yo estaba interesada en los negocios de mi hermano. Ya sabe usted como van hoy esos pobres negocios. Por consecuencia, me he quedado sin un cuarto. Conque ahora, piénselo usted y hábleme con claridad.

CLARA. (Ap. á Eugenia.) (Pero niña!...)

EUG. (Calla.) Ha reflexionado usted?

AND. Sí, Eugenia: no necesito mucho tiempo para pensarlo.

EUG. Y qué?

AND. Que nunca le es á usted tan necesario como en este momento un esposo como yo, que la ame á usted con desinterés. Por lo tanto, me daré por muy satisfecho con merecer su mano, sin acordarme para nada del dote.

EUG. Cuando yo te lo decia..,

CLARA. (Alargándole la mano á Andrés.) Sí, es verdad, es digno de tí.

EUG. Conque entonces aceptas?

CLARA. Sí, pero con una condicion. Tú eres menor de edad y necesitas el consentimiento de tu tutor, nuestro tio.

EUG. Vaya si consentirá.

CLARA. Tú lo crees?

EUG. Sí, y Andrés me ayudará á convencerle, no es verdad?

AND. Seguramente.

CLARA. (Levantándose.) Pues entonces, anda, anda á verle.

EUG. Ahora mismo, eso es. Anastasia está ahí?

AND. Sí señora.

EUG. (Á Clara.) Pero bien, si el tio consiente... tú tambien, ¿no es verdad?

CLARA. Sí, sí; si él consiente, yo acepto.

EUG. Ay, Dios mio, que contenta estoy.

CLARA. (Abrazándola.) Pobre niña! ¡Que Dios te haga tan feliz como mereces...

EUG. Sí, yo espero que sí, y Andrés piensa poner algo de su parte....¿no es verdad? Ea, adios, hasta luego.

CLARA. Hasta luego. (Salen por la puerta derecha.)

ESCENA II.

CLARA.

Alma inocente y pura! Tu serás feliz, sí, lo serás. Dios no puede dejar de premiar la belleza de tus sentimientos. Ya estoy sola y libre. (Corre á la ventana y la abre.) Todavia no ha vuelto! No se vé luz en su balcon!... Vendrá pronto? Si verá mi carta!... La he dejado á la entrada de la habitacion sobre la alfombra. Sí: el me habia dicho: «Dejaré mi balcon abierto»... Oh, sí, es preciso que yo le vea!... Si no viene iré yo á buscarle... quiero salir de una vez de esta cruel incertidumbre, quiero saber la verdad... Pero qué mas verdad que la que he oido en mis salones?... Que esa mujer habia de ser mi ruina y la de mi casa?... Ah, no puede ser cierto... Alfredo no puede haberse convertido tan pronto en un miserable... Pero si no me han engañado, si el Conde aclara mis sospechas, si Alfredo me es infiel!... Ah! qué va á ser de mí!... Dios mio!! Y yo me defendia... y yo luchaba! Yo escuchaba la voz de mi conciencia que me gritaba: conserva la pureza de tu alma, la castidad de tu hogar, que nada es mas grato á los ojos de Dios y del mundo que el honor y la virtud: consagra tu cariño todo entero á el hombre que Dios ha colocado á tu lado, que ha vivido contigo, amado contigo, sufrido contigo. Y yo, poderosa con este supremo esfuerzo, sabia alejar de mí el peligro, huir de la idea siquiera de toda falta! Dios mio, Dios mio, qué desgraciada soy! Me siento mal... la vista se me anubla... Ah! si tomase una dosis de la medicina que me recetaron... el opio que tranquiliza mis nervios... Aquí en este frasquito... Pero, no: necesito reunir todas mis fuerzas para escuchar de la boca de ese hombre, que mi marido me engaña... Ah! entonces

todo ha concluido para mí... Entonces... tal vez ese frasco será mi único consuelo. Pero, si no fuese cierto: si yo me hubiera dejado arrastrar por un impulso inconsiderado de celos... si aquellas gentes hubieran mentido... Oh, entonces, la falta, la culpabilidad de este paso caerian sobre mí! Si por una quimérica ilusion me he dejado arrastrar, si he comprometido mi honor llamando á ese hombre, aquí, á mi cuarto, á deshora de la noche, á solas con él... Yo le he escrito una carta, le he llamado... va á venir... Ah, no, no, no... Si fuese tiempo de evitarlo... Si aun no la hubiese visto... Ah, corramos... Ahí está: es él! (En el momento en que Clara se dirige al balcon, aparece el Conde.)

ESCENA III.

El CONDE, CLARA.

CONDE. (Entrando por el balcon y con estremada alegria.) Soy yo... yo mismo... en carne y hueso...

CLARA. Ah!

CONDE. (Cerrando el balcon.) Pues señor, no he visto nada mas cómodo que estas casas nuevas; mi arquitecto tuvo una gran idea, con sus balcones corridos todo lo largo, que empiezan á un extremo de una calle y concluyen al otro, porque así es tan fácil comunicarse... Buenas noches, vecina!

CLARA. (Á la primera puerta de la derecha como escuchando si alguien viene.) Oh, silencio, he creido oir!...

CONDE. (Bajando la voz.) Qué se oye?

CLARA. Nada; estamos solos.

CONDE. Solos? pues y el baile?

CLARA. El baile ha concluido... Señor Conde, le llamo á usted, porque usted no sabe nada de lo ocurrido en ese baile? Nuestro cajero ha huido llevándose cuantos intereses tenia bajo su salvaguardia: hoy en ese baile se ha inaugurado nuestra ruina.

CONDE. La ruina? Ay, señora! ya hace tiempo que á mí me ha sucedido otro tanto...

CLARA. Sin embargo, señor Conde, no vaya usted á figurarse que es de eso de lo que queria hablarle. Me he tomado la libertad de llamar á usted para preguntarle si conoce usted á una persona que habita el piso segundo de esta casa.

CONDE. Que si conozco?... Todos son mis inquilinos... Es verdad, que la casa para mí se va ya desmoronando... Pero, en fin, todavia conozco la gente que la habita... De cuál de los dos cuartos segundos habla usted?

CLARA. Aquí... encima de nosotros.

CONDE. Ah, Mandarina, la francesa?

CLARA. Sí, Mandarina... queria preguntar á usted si por casualidad sabe si mi marido...

CONDE. Señora! ¿me toma usted por agente de la policía secreta?

CLARA. (Qué dice?)

CONDE. Qué me importa á mí que su marido de usted se divierta por su lado, como procura hacer cada hijo de vecino? Él se divierte, aquel se divierte, y si yo puedo me divierto tambien. Todos nos divertimos y *Kirie leyson*.

CLARA. (Mirándole.) (Qué tiene este hombre?) Pero ¿no comprende usted mi pregunta?

CONDE. Pues ya lo creo que la comprendo. Está usted celosa, eh? Pues bien, tanto mejor, se venga usted; mejor dicho, nos vengamos.

CLARA. Qué? (Retirándose.)

CONDE. Me mira usted? Puede que esté un poco sofocado, eh? Es que hace aquí un calor... No seria bueno que abriesemos un poco el balcon?

CLARA. (Comprendiendo al fin.) Este hombre!... Ah!

CONDE. Qué?

CLARA. Se levanta usted de la mesa, viene ustad de cenar ahora; no es verdad?

CONDE. Justamente... y que he cenado como un arzobispo...

CLARA. (Desesperada.) Ah, Dios mio! así me castigais!... Misera-

ble de mí!.. Adónde me han conducido mis celos... Oh, no se acerque usted.

CONDE. Calle! por qué?

CLARA. No se acerque usted.

CONDE. Insiste usted en que no estoy en mi juicio?

CLARA. Dios mio!... si alguno viniese... si encontrasen aquí á este hombre, en este estado... Oh, váyase usted, váyase usted!

CONDE. Lo que quisiera es que abriera usted un poquito el balcon, porque me ahogo, francamente, me ahogo.

CLARA. Váyase usted.

CONDE. No puedo moverme, necesito beber un poco de agua.

CLARA. Beberá usted en su casa, déjeme usted.

CONDE. Demonio, y para eso me ha hecho usted venir, para arrojarme ahora como á un lacayo?

CLARA. Sí, para eso, porque no merece usted mas. Salga usted de mi casa!

CONDE. (Cerrando el balcon que Clara ha abierto.) Pues bien, no estoy del mismo modo de pensar, y no salgo.

CLARA. Ah!

CONDE. (Apoyado contra el balcon.) Usted me ha llamado, y yo he venido... usted me ha dejado abierto el balcon, y yo he entrado. Ahora no salgo, digo que no salgo.

CLARA. Ah, Dios mio, no me comprende... está privado de su razon... (Con acento de amargura.) Veamos, Marsillá, amigo mio!...

CONDE. Ah! bueno, si me habla usted dulcemente, eso ya es otra cosa: pero con amenazas?... No sabe usted todavía quién soy yo

CLARA. No le amenazo á usted, pero por amor de Dios, señor Conde, aléjese usted: déjeme usted, yo se lo ruego.

CONDE. Pues bueno, deme usted un vaso de agua, y me marcho.

CLARA. Ah, sí; en ese velador...

CONDE. (Acercándose al velador y sentándose.) Ah!... aquí hay... yo me serviré...

CLARA. Se marchará usted en seguida?

CONDE. En seguida precisamente, no: pero muy pronto... Ah! aquí tiene usted!... ¿qué es lo que hay en este frasquito?... flor de naranja sin duda... La flor de naranja refresca mucho... echemos unas gotitas.

CLARA. Oh, no, no toque usted eso... quiero que me deje usted, que se aleje.

CONDE. (Cogiéndola del brazo.) Pues de usted depende. Ahora mismo me marcho, pero usted me seguirá.

CLARA. Dios mio!

CONDE. De otro modo no me muevo de aquí. Cree usted que conmigo se coquetea impunemente? Pues no: ya estoy aquí! Usted hará lo que quiera, pero yo no me voy.

CLARA. Bien, gritaré, llamaré á mis gentes...

CONDE. Bueno, que vengan... Y si viene su marido de usted mejor. Me preguntará por qué estoy yo aquí, y yo le enseñaré la carta.

CLARA. La carta! Devuélvame usted esa carta.

CONDE. No!

CLARA. Oh, si queda en usted un resto de honor, de honradez, de dignidad, yo se lo suplico. Deme usted esa carta.

CONDE. He dicho á usted que dé gracias á que no veo muy claro. Pero... Ah! ahora que pienso en ello: usted no me dejaba beber de este frasquito por miedo de que me serenara... Ya lo comprendo. Pues verá usted si lo consigo pronto. (Agarra el frasco y lo bebe de un trago.)

CLARA. (Lanzándose á él sin poderle detener.) Ah! desgraciado, qué hace usted!

CONDE. (Riéndose estúpidamente.) Ahora si que me voy á serenar... Ni aunque venga su marido de usted, ni el mundo entero...—Oh! ¿qué es esto? La cabeza me da vueltas... una silla!... Dios mio!... qué calor!... Me siento mal... esa ventana!... Señora, esa ventana!... ah!... (Cae desplomado en el suelo junto á la puerta del gabinete detrás del sofá.)

CLARA. Ah! muerto... muerto!... Marsilla!... amigo mio! No, esto no es posible!... Dios mio! y ¡sola! ¡sola! sin que

nadie me socorra! Qué hacer? socorro! Andrés está en su cuarto... le llamaré... Pero qué le diré? que este hombre ha entrado por el balcon yo no sé cómo: que se ha bebido el contenido de este frasquito... Sí, eso... Pero ¿y mi carta?... Si la encontrara... Dónde la tendrá?... Mi carta, yo necesito mi carta!... vuélvamela usted!... (Arrodillándose en el suelo al lado del Conde.) Oh, Dios mio! Dios mio!... está muerto... su corazon no late!... Dónde tendrá mi carta? Ah! aquí en la mano... cerrada... aquí la tiene!... si yo pudiese!.. (Se oye llamar á la primera puerta de la derecha.) Llaman?

ALF. Clara. (Dentro.)

CLARA. (Horrorizada.) Alfredo!... mi marido!...

ALF. Te has encerrado?

CLARA. Es él!... Ah, Dios mio!...

ALF. Abre, soy yo, vengo con el comisario de policia!

CLARA. (Levantándose de un salto.) Todo ha concluido para mí!... Qué hacer?... si le encuentran estoy perdida...

ALF. Si estás acostada, levántate, esperaremos: pero es absolutamente preciso que entremos.

CLARA. Van á entrar y no hallo medio de ocultarle... Si yo pudiera arrastrarle fuera del balcon... pero no tengo tiempo ni fuerzas... Oh Dios! qué fatalidad!... qué qué hacer?

ALF. (Impaciente.) Pero, Clara, no me oyes?

CLARA. Ah! sí, sí! (Procura ocultar el cuerpo del Conde arrastrando delante el sofá. Despues va hácia la puerta caminando de espaldas, apoyándose en los muebles, y observando si se puede ver el cuerpo del Conde.)

ALF. Responderás al fin?

CLARA. Sí, ya voy: ya estoy aquí! (Abre y se quada apoyada en el quicio de la puerta.)

ESCENA IV.

CLARA, ALFREDO, el COMISARIO.

ALF. Estabas acostada?

CLARA. Sí, ya ves... he tenido que levantarme y vestirme!.

ALF. Hija, dispénsanos... es preciso!... Estás turbada?

CLARA. Sí, me has despertado tan de repente...

ALF. Podias dormir en semejante noche! admiro tu sangre fria! Señor Comisario, tenga usted la bondad de sentarse.

COM. Señora, suplico á usted que me perdone: pero una formalidad indispensable... su esposo de usted ha ido á avisarme lo ocurrido en su casa, y mientras llegan las gentes del juzgado, he practicado un reconocimiento en la caja y tomado nota de lo ocurrido. Esta declaracion provisional es la que nos ha obligado á molestar á usted, pues es muy conveniente que usted la firme.

CLARA. Está bien, caballero.

ALF. Ah! nos hace falta tintero y plumas. Dispénseme usted, señor Comisario; allí en aquel cuarto hay... vuelvo en seguida. (Se dirige hácia el gabinete.)

CLARA. (Asustada.) Ah! ¿adónde vas?

ALF. Á ese gabinete!

CLARA. No hay nada en él!

ALF. Sí, mujer, ahí tienes tu escritorio. Dónde hay una luz? (Cogiendo un candelero y yendo á encenderle en una bujia que hay sobre la mesa.)

CLARA. (Cayendo desfallecida en un sillon.) Dios mio! Sálvame! Sálvame, Dios mio! Tú que conoces mi inocencia, ten piedad de mi: Sálvame!

ALF. (Que mientras tanto ha encendido el candelero.) Al instante vuelvo! (Se dirige al gabinete.)

CLARA. (Reuniendo todas sus fuerzas.) Ah! no hay necesidad: aquí, en este velador hay todo lo necesario.

ALF. Qué?

CLARA. Que aquí tienes tintero.

ALF. Es verdad, no lo habia visto. (Apaga la bujia y coge los útiles que se indican.) Hace falta alguna cosa mas, caballero?

COM. No, perfectamente: aquí tenemos la declaracion...

ALF. Pues concluyamos.

COM. Firme usted. (Firma: despues el Comisario se dirige á Clara y la dice alargándola la pluma.) Señora!...

CLARA. Ya está. (Firmando.)

COM. Muy bien.

CLARA. (Que no pierde de vista el sitio que ocupa el Conde.) (Dios mio Dios mio, no puedo mas!)

COM. Se siente usted mal, señora?

CLARA. No... es que...

ALF. Pero qué tienes?... estás helada!... Ah! el balcon abierto, voy á...

CLARA. (Interponiéndose entre él y el cuerpo del Conde.) No, le he abierto yo: tengo necesidad de aire.

ALF. Pero tranquilízate!

CLARA. (Disimulando.) Sí, sí, estoy tranquila.

ALF. (Al Comisario.) Dispense usted, caballero: tantas emociones...

COM. Ya sé lo que son estas cosas... Ademas mi presencia á tales horas... Esta señora me perdonará!...

CLARA. Sí, sí!

COM. Habiendo concluido, ya nos retiramos.

ALF. (Á Clara.) Voy á acompañarle y vuelvo.

CLARA. (Viéndole salir.) Ah! gracias, Dios mio!... Al fin!... Oh, qué Dios me dé fuerzas ahora!... (Se dirige al canapé, lo separa: se vé el cuerpo del Conde en el suelo y cae el telon.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del primero. Es el amanecer. Una lámpara arde sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIA, ALFREDO, ANASTASIA.

Al levantarse el telon, Anastasia aparece en el comedor, cuya puerta está abierta. Alfredo entra por la del almacen.

ANAST. (Volviéndose al ruido que hace la puerta.) Eh?... quién está ahí?

ALF. (Dejando su sombrero sobre una silla.) Soy yo, Anastasia.

ANAST. (Con júbilo.) Ah, es Alfredo! mi señorito Alfrdo. (Llamando.) Eugenia!

EUG. (Que sale corriendo por la derecha.) Mi hermano! Ah, ya está aquí mi hermano. (Arrojándose en sus brazos.)

ALF. Sí, Eugenia mia; soy yo, yo mismo... una silla, Anastasia; no puedo mas.

ANAST. (Acercando una silla.) Pobre hijo de mi alma, y en qué estado se encuentra! Pero las puertas estaban cerradas... Cómo ha podido usted entrar?

ALF. Por el almacen. Siempre he conservado mi llavecita.

EUG. Y qué pálido estás! Y las manos heladitas!

ALF. No, te engañas; me siento bien. Tú si que estás pálida. Apuesto á que no te has acostado.

EUG. Y para qué? Crees que hubiera podido cerrar los ojos? Pero y Clara, dónde está?

AFF. No tardará... Y mi tio?

EUG. Ha salido y no creo que deba tardar.

ALF. Qué? Acaso sabe? Tú le habrás dicho?...

EUG. Clarito; todo se lo he contado: cuando llegué, estaba durmiendo el pobre tio! Buen modo he tenido de despertarle.

ANT. Y qué ha dicho?

EUG. No ha dicho ni una palabra. Se levantó como un rayo, escribió una carta, y como Andrés nos habia acompañado á Anastasia y á mí, se la dió para que la llevase. Despues salió, diciendo que si venias te dijesemos que te esperases.

ALF. Pobre tio!... sin decir una palabra... Y, sin embargo, nadie como él tiene derecho de quejarse; él, que todo me lo habia pronosticado.

ANAST. Vaya, vaya, dejemos eso.

ALF. Nada ha cambiado aquí, nada si no yo. Y en efecto, aquí está la misma mesa, los mismos armarios, los mismos retratos!... ah! el de mi padre tambien.

EUG. Sí; el tio se lo volvió á traer.

ALF. Y ni siquiera lo he notado. (Pausa. Se levanta.) Ha hecho bien el tio; aquí ocupa su digno puesto, como le ocupas tú, como Anastasia, como todos. Todos: no hay nadie en esta casa que no esté en su lugar mas que yo: sí, yo que no debo permanecer ni un momento mas! son muy grandes... mis remordimientos, muy amargos... porque no merezco vuestro cariño, ni vuestros cuidados... porque soy un ingrato!... Oh, déjame marchar, déjame.

EUG. Te digo que no saldrás!

ALF. Eugenia!

EUF. Que no, que no y mil veces no... Vaya un modo que tienes de reparar tu primera falta, volviendo á comen-

zar! Es así como te propones pagarnos el cariño de que nos has privado hace seis meses? Mira que la primera vez te he perdonado, pero esta!...

ALF. Eugenia!

EUG. No: no te perdonaria, porque seria un egoismo. Ahora ya nos perteneces; no tienes el derecho de privarnos de tu persona, del cariño que todos te profesamos!...

ALF. Hermana mia! (Abrazándola.)

ESCENA II.

DICHOS, PERELLADA.

PER. (En el dintel de la puerta.) Vamos, sea enhorabuena.

ALF. Mi tio!

PER. Bueno, muchachos! ánimo! Qué caramba, ánimo! Todos los hijos pródigos vuelven á la casa paterna. Justo es que tú vuelvas á *La Bandera Española*.

ALF. Tio, mi querido tio!... Ah! cuánta razon tenia usted!

PER. Bueno, bueno: no hablemos mas de eso. Echemos un velo sobre lo pasado, porque el mal está hecho y ahora no debemos pensar mas que en el remedio.

ALF. En el remedio?

PER. Pues claro: ¿crees que no he pensado ya? Que te iba á esperar para eso? En el momento en que he sabido por la niña toda la extension del desastre, he saltado de la cama y tomado el sombrero!...

ALF. Sí; ya me lo há dicho.

PER. Y ¿te ha dicho tambien el ofrecimiento y la proposicion que me ha hecho? Queria nada menos que sacrificarte su dote.

ALF. Pobre hermana mia!

EUG. Pero el tio no ha querido.

ALF. Y ha hecho bien: no faltaba mas. (Besándole las mano con cariño.)

PER. Sí, sí; acaríciala, bien lo merece; acaríciala. Pero con-

tinuemos la conversacion: es preciso tratar de salvarte por completo.

ALF. Pero, y cómo es posible eso?

PER. Cómo es posible? Siéndolo! qué diablo! Tu desastre no es un desastre sencillo, es triple: el cajero que se huye con los fondos: las pérdidas de la Bolsa; y los vencimientos de hoy.

ALF. Sí.

PER. Bueno: el cajero da tiempo... ya le pescaremos. La Bolsa, hasta pasado mañana no se hace la liquidacion, y hay tiempo tambien. Yo podré realizar para entonces... pero los pagos de hoy es lo que no tiene remedio: esto es urgente.

ALF. Sí.

PER. La caja se abre á las diez, no es esto? son las seis. Por consecuencia tenemos cuatro horas para encontrar veinte mil duros.

ALF. Eso es imposible... En tan breve plazo...

EUG. Vean ustedes por lo que yo queria que se hiciese uso de mi dinero.

PER. Pero, chiquilla, quieres dejarnos en paz? Si ya te hemos dicho que no queremos.

ALF. (Con cariño á su hermana.) Que no!

EUG. Pues es una rareza.

PEP. Bueno: seremos todo lo raros que tú quieras; pero esto no es del caso. (Á Alfredo.) Yo he hecho una liquidacion en mi caja: despues he ido á ver á mi escribano, y le he propuesto... Ah! á propósito... Toma, fírmame esto. (Le da un papel.) Ya lo leerás despues.

ALF. (Firmando al lado de la mesa en la cual está sentado.) Pues ya lo creo! con los ojos cerrados! Conque con la ayuda del escribano, dice usted?

PER. (Doblando el papel y guardándole en el bolsillo.) Decia que he encontrado cinco mil duros en mi caja; y mi escribano y mi agente de cambios me realizarán otros diez mil duros que poseo en valores, y que tendrás aquí antes de las diez.

ALF. (Muy contento.) Quince mil duros! Pero aun nos falta algo!

PER. Para ese algo he escrito á un antiguo amigo que nos traerá dentro de poco todo cuanto tenga disponible.

ALF. Y ese amigo es...

PER. Es un amigo á quien tú conoces... y mucho. Ha recibido mi carta, se ha vestido, ha rebuscado bien los rinconcillos de su cajon, y no tardará en llamar á la puerta. (Se oye un campanillazo.) Oyes? ya está ahí.

ALF. Pero, quién es?

PER. El primo Caparrosa.

ALF. El primo! Ah! querido tio! No puedo verle.

PER. Por qué?

ALF. Si supiese usted... hace pocos dias... el pobre hombre se presentó en mi casa y no le...

PER. Bah, bah, bah! Y crees tú que se va á acordar ahora?

ALF. Qué vergüenza! Oh! déjeme usted que salga de aquí.

PER. Quieres callarte? Quieres estarte quieto?... Vamos, acércate tú, perezoso. (Á Caparrosa que entra.)

ESCENA III.

DICHOS, CAPARROSA.

CAP. Perezoso? crees tú que tengo alas? Ni aun he tomado mi chocolate.

PER. (Señalándole á Alfredo.) Mira, mira quién está aquí!

CAP. (Acercándose y cogiéndole cordialmente la mano.) Bravo, muchacho, bravo! Qué demonio! valor! No hay que amilanarse, que tras de un tiempo viene otro, y cuando se cuenta con gentes de corazon que nos quieren de veras... (Alfredo le abraza conmovido sin poder pronunciar una palabra.)

PER. Eso me gusta, eso me gusta... Con que vamos á ver, ¿qué es lo que traes?

CAP. (Sacando una cartera del bolsillo y un saquito.) No lo sé á punto fijo, pero no será mucho: ya ves, mi pobre her-

bolario da tan poco de sí... Pero en fin, he recogido todo lo que he encontrado... Como tú me dijiste: «todos los cuartos que tengas disponibles» yo he arramplado con todo: metálico, algunas letras, un depósito en el Banco... en fin, todo.

PER. Y lo traes ahí?

CAP. Naturalmente... Ahí lo tienes. Yo creo que siempre pasará de cinco mil duros.

PER. Cinco mil duros?... Magnífico!

CAP. Y ademas ya sabes que tengo crédito en el barrio, y aunque mi tienda valga poco, mi reputacion de probidad vale algo: puedes disponer de mi firma.

PER. (Á Alfredo.) Qué te parece? No le das las gracias?

ALF. (Enjugándose las lágrimas muy conmovido.) Sí, oh, querido tio!

EUG. Vamos, vamos, no hay que afligirse!

CAP. Afligirse? por qué se aflige ahora?

PER. Porque es un tonto.

ALF. Por qué? Porque veo lo que usted hace por mí sin merecerlo... mientras que yo le he tratado de un modo... he sido un ingrato. (Cae en un sillon cubriéndose el rostro con las manos. Anastasia y Eugenia le rodean.)

CAP. Pero, vamos; ¿á qué viene todo eso?

PER. Á qué viene? á qué viene? Á que el otro dia fuiste tú á su casa á comer...

CAP. Bah, bah! ¿y se acuerda de eso? criatura, dónde hay nada mas natural? fuí á su casa á comer... tenian gente y no pudieron recibirme. Como que yo fuí un indiscreto, ellos hicieron muy bien. Qué tiene todo esto de particular?

ALF. Y aun me disculpa?

PER. Dejemos, dejemos esto y vamos á lo importante. Ya ves que por fin todo se arregla.

ALF. Ah, sí: gracias á ustedes.

PER. Pero aun nos falta... Y este don Severo? Hace una hora que le mandé llamar.

ESCENA IV.

DICHOS, D. SEVERO y ANDRÉS.

AND. Aquí está ya! (Abriendo la puerta.)

PER. (Levantando la voz.) Adelante mi viejo Severo, acércate aquí. ¿Cómo te encuentras hoy?

SEV. Así, así... medianejo! Y qué ocurre?

PER. Qué ocurre? Que hoy tienes que ceder tu puesto en mi casa á Andrés, y encargarte de los pagos de mi sobrino Alfredo.

SEV. Está muy bien, mi principal. Ya lo sabia yo; Andrés me lo ha contado.

ALF. (Dándole la mano.) Y qué ¿podrás encargarte?

SEV. Pues ya lo creo, y con muchísimo placer. Estas situaciones graves son las que me templan los nervios: en los apuros es donde yo me encuentro mejor.

PER. (Pobre viejo, morirá en la brecha!) Pero, mira, que te den chocolate, no te vayas con el estómago vacio.

ANAST. Ya le tengo hecho: no le dejaré marchar sin tomarlo.

PER. Escucha, mi buen Severo: se trata de sacar las uñas, de entretener á los unos mientras llega el dinero para los otros, ¿lo entiendes? Acuérdate de nuestros malos tiempos, te acuerdas?

SEV. Ah, yo lo creo, yo lo creo.

PER. Es que no hay que dejar atascar el carro.

SEV. Guiándole yo? Pues no faltaba mas! Lo que hace falta es que me enteren ustedes.

PER. *El Porvenir Dorado* tiene veinte mil duros que pagar hoy.

SEV. Veinte mil duros; bueno!

PER. Ahora te entregarán cinco mil: antes de las diez tendrás en tu poder otros diez mil: y el resto al medio dia: por consecuencia á ver como ganas tiempo hasta esa hora, cuidando de que todo el mundo se vaya satisfecho.

SEV. Señor Perellada, eso es cuenta mia. Usted me encarga? Pues bueno, yo ya sé cómo lo he de hacer. Dónde estan los libros?

PER. En el escritorio... Ya te los entregará Andrés; que te acompañe:

ALF. No, no: yo soy quien le acompañará.

PER. Tendrás valor?

ALF. Oh! para conjurar mi ruina? Pues ya lo creo. Marchemos.

PER. (Á Caparrosa.) Vamos, unos por un lado y otros por otro, á realizar el resto, á esperar la hora en que abren el Banco.—Mira, tú, Andrés, búscales un coche.—Cada uno á su puesto.—Hasta luego. (Todos salen menos Perellada y Eugenia.)

PER. (Dice á Eugenia al ver que se ha puesto un abrigo y un sombrero.) Calle! Y adónde vas tú?

EUG. Yo, querido tio, me voy con Anastasia á la iglesia.

PER. Á la iglesia?

EUG. Sí, á rogar á Dios porque todo salga bien... Yo no sirvo para otra cosa...

PEE. Es justo, hija mia: anda á la iglesia, y que Anastasia te acompañe.

ESCENA V.

PERELLADA, despues CLALA.

PER. Vamos á ver si esos muchachos estan levantados y si abren la tienda. (Al ir á dirigirse á la puerta del almacen se encuentra con Clara, que entra por la de la calle, pálida, descompuesta, sin abrigo ni sombrero.) Clara!

CLARA. Sí, yo soy... Dónde está Afredo?

PER. En? qué tienes, hija mia?... Estás pálida, temblorosa...

CLARA. Sí: he venido tan de prisa...

PER. Y de dónde vienes? de tu casa?

CLARA. Sí!

PER. Sin abrigo, con la cabeza descubierta...

CLARA. Sí; pareceré una loca, ¿no es verdad?... Ah! Todo el mundo me miraba... No he podido encontrar un coche, y he corrido tanto que estoy muerta.

PER. Vamos, vamos, tranquilízate, ten valor, hija mia: ya todo se ha salvado.

CLARA. Ah! (Con indiferencia.)

PER. Cuando te digo que todo se ha arreglado!... pagamos y ya no hay quiebra; no habrá quiebra. Lo oyes?

CLARA. Lo oigo, sí... Y Alfredo?

PER. Alfredo ha vuelto á su casa.

CLARA. Pues qué! piensa permanecer en Madrid, no quiere que nos vayamos?

PER. Marcharse? Pero adónde? Qué es lo qué tienes, muchacha?

CLARA. Ah, yo venia á buscarle para que me acompañase, para que huyesemos... Es preciso huir...

PER. Vamos, hija mia, tú no has comprendido lo que te he dicho. Si tenemos ya todo el dinero necesario, si pagamos, por qué habeis de huir?

CLARA. Por qné?

PER. Sí: por qué?

CLARA. Por qué?... es verdad, sí... por qué?... Porque estoy perdida.

PER. Perdida? Vamos, Clara, hija mia, mi querida hija, qué es lo que quieres decir? Hay alguna cosa que yo ignore? Vamos, dímela á mí, á tu padre... Estamos solos... Qué hay?

CLARA. (Balbuceando.) Hay que... No puedo, no puedo!

PER. Dios mio! Alguna desgracia!

CLARA. Sí: una desgracia que sucederá por no haber huido, por haber permanecido aqui. Me prenderán!

PER. Prenderte?... por qué?

CLARA. Porque he muerto á un hombre.

PER. Tú?

CLARA. Yo!... sí!...

PER. Eso no es posible!

CLARA. Míreme usted: parezco una loca ¿no es verdad? Pues

bien, no lo estoy: es que ha de saber usted que esta noche... un hombre ha entrado en mi cuarto, y que ese hombre, en este momento, no sé si está muerto ó vivo... No habla, no se mueve... Oh Dios mio, Dios mio! está muerto! muerto!

PER. Pero desgraciada! qué es lo que me dices? Qué significa todo eso?... Yo voy á perder la cabeza... Qué hombre es ese que ha entrado en tu casa esta noche? cómo?

CLARA. Cómo? No lo sé... sí: ha entrado en mi cuarto por el balcon.

PER. Por el balcon! Ah! todo lo comprendo. Desgraciada! El Conde tal vez? Tu amante?

CLARA. (Con dignidad.) No es mi amante ese hombre, no lo ha sido nunca. Pero al saber esta noche que mi marido me engañaba, en un acceso de rabia, de celos, queriendo cerciorarme, en fin, llamé á ese hombre para que me descubriese la verdad. Pero ese hombre vino en un estado... Ah! miserable!

PER. Qué dices?

CLARA. Acababa de cenar con unos amigos, y estaba...

PER. Vamos, ya comprendo; estaba ébrio!

CLARA. Un frasquito que yo tenia en mi cuarto... un medicamento que el médico me habia recetado... opio...

PER. Y qué?

CLARA. Él lo cogió y se lo bebió!

PER. Ah!

CLARA. Despues no sé lo que ha pasado. Aquel hombre cayó en el suelo y yo salí... desde su balcon al mio hay muy poca distancia, y yo me dije: Dios me prestará fuerzas para poder arrastrarle hasta su cuarto.

PER. Y bien?

CLARA. Y así lo hice!

PER. Cómo?

CLARA. No lo sé. La desesperacion vino en mi ayuda; pero una vez allí, quise recobrar mi carta en que le decia: «venga usted á mi cuarto: le espero á usted esta noche.» Pero su mano crispada resintió á todos mis esfuerzos. En

ella tenia mi honor, mi vida, todo... Y no podia arrancársela... en mi desesperacion, en mis esfuerzos dejé caer en un sillon... Al ruido un criado se despertó, oí que se levantaban.—No tuve mas tiempo que el de huir otra vez por el balcon sin ser vista. En seguida me lancé á la calle, turbada, loca, llamando los carruajes que iban lejos, y huyendo de los que se me acercaban, preguntando por esta calle, y corriendo sin esperar la respuesta, pero seguida por las gentes que gritaban: «á la loca, á la loca!» Y llegando aquí no sé cómo, pero corriendo siempre y diciéndome: «es preciso huir, desgraciada! Estás perdida! Perdida sin remedio!»

RUP. Oh, todavia no!

CLARA. Sí, sí.

PER. Pero quién sabe? Ese hombre tal vez no haya muerto.

CLARA. Sí, está muerto.

PER. Puede que no.

CLARA. Alguien viene!

PER. No.

CLARA. Digo que alguien viene, y son ellos, van á prenderme. Todo ha concluido.

PER. Clara!

CLARA. (En el colmo del terror.) Todo ha concluido: ocúlteme usted: ocúlteme usted.

ESCENA VI.

DICHOS, RUPERTO.

RUP. (Entrando precipitadamente sin ver á Clara.) Perdone usted. Dónde está Clara? No ha venido?

PER. No. Por qué lo pregunta usted?

RUP. La ando buscando por todas partes: aquella casa es un infierno. Pero en fin, no está aquí? Me marcho.

PER. Espérese usted; una palabra. Viene usted de su casa?

RUP. Sí.

PER. Y qué es lo que ocurre? hable usted.

Rup. Cosas inauditas, espantosas.

Per. Acabará usted?

Rup. Cuando digo que aquella casa es un infierno! No vivo yo un mes mas en ella. Míreme usted, míreme usted, que aspecto; parezco una sombra; ¿no es verdad? Pero cómo ha de estar uno despues de tantas emociones? Así es que mi reumatismo no me deja vivir: he pasado una noche... Cuando digo que me mudo... De seguro que si sigo viviendo en esa casa me sucede una desgracia, como á Alfredo y al Conde de Marsilla.

Per. Ah, ¿el Conde de Marsilla? Pues qué le ocurre?

Rup. Una friolera! Es verdad que usted no sabe nada.—Pues escuche usted... si es que yo puedo contarlo, porque, francamente, tengo un temblor, y una tos, y un... Pues señor, el caso es que nos habiamos retirado del baile: yo estaba durmiendo tranquilamente, cuando me despertó un ruido espantoso, unos gritos!... Creí que se venia abajo la casa. Todos los vecinos, la vizcondesa, los huéspedes del sotabanco, bajamos en tropel y nos encontramos á ese pobre Conde en un estado...

Per. (Ocultando siempre á Clara.) Muerto!

Rup. Si no lo estaba, le faltaba poco.

Per. Pero, en fin, vivia todavia?

Rup. Sí.

Per. Ah! (Apretando la mano á Clara.)

Rup. En esto llega el médico, y apenas le vé exclama: «Está envenenado.» Le aseguro á usted que no me quedó gota de sangre en las venas; me empezaron á tiritar las pantorrillas de un modo... Como que me tuve que beber cuatro tazas de café de las que administraban al enfermo.

Per. Pero, en fin, qué sucedió?

Rup. Pues no lo digo? Le atracaron de café hasta que no pudo mas. Al cabo de un rato, el médico dijo que se habia salvado. Yo no pude resistir mas y me salí de allí.

Per. (Ya lo oyes, salvado.) Pero vamos á ver. Qué tiene que

ver todo eso con mi sobrina? Por qué la buscan?

RUF. Pues claro... su marido... si no la encuentra por ninguna parte y quiere hablarla. Creo que es su voz: ahí le tienen ustedes.

PER. (Á Clara.) (Ya lo ves: no ha muerto!)

CLARA. (Atemorizada, á su tio.) (Sí; pero han reconocido el veneno y habrán encontrado mi carta. Ah! Dios mio! Qué suplicio!)

ALF. (Dentro.) Clara, Clara!

PER. Tu marido! Vamos, sangre fria. Aquí está. Clara, hija mia; valor.

ESCENA VII.

DICHOS, ANDRÉS, ALFREDO, ANASTASIA, EUGENIA y CAPARROSA.

ALF. (Entrando precipitadamente.) Clara!... Dónde está Clara?

PER. Aquí está.

ALF. (Sin notar la turbacion de su mujer y enseñando con alegria un papel que trae en la mano.) Ah! esposa mia... mi querido tio, gran noticia!

PER. Cuál?

ALF. Ahora verán ustedes. Estaba yo con don Severo ocupado en examinar los libros, cuando me envian un recado del Conde de Marsilla, diciéndome que el Comisario de policía acababa de llegar y preguntaba por mí. (Movimiento de Clara, que contiene Perellada.) Subo precipitadamente y me encuentro á ese pobre Conde tendido en su cama, con el médico á su cabecera, y el Comisario me dijo: «Suplico á usted que me perdone; vine á buscar á usted, pero han hablado aquí de veneno, de opio, y no me he querido separar del lado del enfermo; pero le hago á usted subir para entregarle el parte que han remitido al Gobierno Civil desde la estacion del Norte.» Me lo entregó, y ¿qué es lo que veo? Han preso á Gaspar en el momento en que se proponia huir con los fondos robados.

TODOS. Le han preso?

RUP. Pero ¿han preso el dinero tambien, ó será cosa de que parezca el tunante y los cuartos vuelen?

ALF. No; todo lo llevaba sobre sí...

PER. Viva!... No nos quejaremos ahora de nuestra suerte... Y el Conde?

ALF. Marsilla?

PER. Sí.

ALF. Oh! está fuera de peligro.

PER. Completamente?

ALF. Completamente; ha vuelto en sí... y por cierto que en ese momento ha pasado una cosa bien extraña!

PER. Cuál?

ALF. Yo acababa de entrar cuando abria él los ojos Me miró con aire singular, se incorporó en la cama y murmurando yo no sé qué frases de balcones... y frascos, exclamó de repente: «La carta!... ¿en dónde está la carta?—Qué carta? le preguntó el médico.—La mia, la que yo tenia aquí... en la mano .. Ah! mi carta!» Todos nos pusimos á buscar, y el médico encontró sobre la alfombra un papelito arrugado, arrugado y hecho una pelota. Quiso desdoblarle para leerle, y en aquel momento, el Conde, pálido, lívido, agitando sus manos temblorosas, sin poder hablar, se puso á hacer gestos como un endiablado, hasta que al fin exclamó: «Rompedle.» Al verle en tal angustia, salté sobre el papel, se lo arranqué al médico de las manos, y le dije: No tenga usted cuidado; se romperá, se romperá.

PER. Y le rompiste?

ALF. En pedacitos como cabezas de alfiler. (Movimiento de alegria en Clara.)

PER. (Lo oyes?) (Á Clara.)

CLARA. (Oh! Gracias, Dios mio! Gracias!) (Quiere reir y concluye por llorar amargamente.)

ALF. Pero, qué es eso? qué te sucede? (Mirándola.)

PER. Pobre hija mia! Qué quieres? Las emociones de esta nonoche cruel... Eh!...

ALF. Eh! Ya todo se concluyó, y desde hoy es preciso que renunciemos... á todas nuestras modernas ideas, incluso al *Porvenir dorado.*

CLARA. Sí, sí; ¡por Dios! yo te lo exijo.

PER. (Sacando el papel de la escena segunda.) Entonces gritemos á coro: ¡Viva *la Bandera Española,* nuestra antigua y querida *Bandera Española*!

ALF. Qué es eso?

PER. Que qué es eso? Nuestra nueva escritura de sociedad que me firmastes hace poco.

ALF. Cómo? aquel papel era...

CLARA. Ah! mi querido tio...

RUP. (Aparte y mirándolos.) ¡Qué gran cuadro de familia! al lado del del año del hambre! Si viviera Goya... Pero yo estoy mejor en el Casino. (Se marcha silenciosamente.)

PER. Ahora, hijos mios, tengo que comunicaros una noticia muy prosáica.

ALF. Cuál?

PER. Que tengo hambre, que es hora de almozar y que no espero mas.

ALF. Tio, ¿querrá usted creer que lo mismo siento yo?

PER. Pues almorcemos. (Á Anastasia.) Estará todo dispuesto?

CAP. (Acercándose.) Si yo no soy importuno y ustedes me lo permiten, aquí está mi escote (Sacando dos botellas del bolsillo.)

PER. Tu escote... como siempre... Sí; vamos todos á almorzar, y á almorzar fuerte: haremos desde hoy esta innovacion en la casa.

ALF. Pues á la mesa.

PER. (Á Anastasia al tiempo que da el brazo á Clara y á Eugenia.) Cuando yo te decia, Anastasia, que volverian... mira, mira si han vuelto! Y lo que es ahora será para siempre.

FIN.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 30 *de Enero de* 1867.

El Censor de Teatros,
Narciso S. Serra.

OBRAS

TRADUCIDAS Y ORIGINALES DEL MISMO AUTOR.

El amor de los amores.........	Comedia en tres actos.
Juan Farfulla.................	Drama en cinco actos.
La última trinchera...........	Comedia en tres actos.
Ana [1].......................	Drama en cinco actos.
El suplicio de una mujer [2]......	Drama en tres actos..
La africana! [3]................	Comedia en tres actos.
El suplicio de un hombre [4]......	Comedia en tres actos,
Volar sin alas................	Comedia en cinco actos.
La llave de la gaveta.........	Comedias en un acto.
El portero es el culpable.....	
Aventuras de un valiente......	
Los cuatro maravedis..........	
La agenda de correlargo.......	
El padre de la criatura.......	
Entre un cabo y un sargento.....	
Mercurio y Cupido............	
La trompa de eustaquio.........	Zarzuela en un acto.

---

1 En colaboracion con D. Juan Coupigni y D. José Marco.
2 En colaboracion con D. Mariano Carreras y Gonzalez.
3 Id., id.
4 Id., id.

segunda cenicienta.
peor cuña.
choza del almadreño.
. patriotas.
, lazos del vicio.
; molinos de viento.
agenda de Correlargo.
cruz de oro.
caja del regimiento.
; sisas de mi mujer.
ueven hijos.
; dos madres.
hija del Rey René.
s extremos.
frutera de Murillo.
cantinera.
venganza de Catana.
marquesita.
novela de la vida.
torre de Garan.
. nave sin piloto.
s amigos.
judía en el campamento, ó
:lorias de Africa.
s criados.
s caballeros de la niebla.
escala de matrimonio.
torre de Babel.
. caza del gallo.!
i desobediencia.
buena alhaja.
niña mimada.
s maridos (refundida.)
mamá.
il de ojo.
oso y mi sobrina.
irtin Zurbano.
irta y María.
idrid en 1818.
idrid á vista de pájaro.
iel sobre hojuelas.
irtires de Polonia.
lai ta!! ó la Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!..!
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosila.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

ngélica y Medoro.
rmas de buena ley.
cual mas feo.
rdides y cuchilladas
aveyina la Gitana.
upido y Marte.
efiro y Flora.
. Sisenando.
oña Mariquita.
on Crisanto, ó el Alcalde proveedor.
on Pascual.
l Bachiller.
l doctrino.
l ensayo de una ópera.
l calesero y la maja.
l perro del hortelano.
n Ceuta y en Marruecos.
l leon en la ratonera.
nredos de carnaval.
l delirio (drama lírico.)
l Postillon de la Rioja (*Música.*)
l vizconde de Letorieres.
:l mundo á escape.
:l capitan español.
:l corneta
:l hombre feliz.
:l caballo blanco.
:l colegial.
:l último mono.
:l primer vuelo de un pollo.
:ntre Pinto y Valdemoro.
:l magnetismo... ¡animal!
:l califa de la calle Mayor.
:n las astas del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquero y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.



PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra...........	Manzano.
Albacete........	Ruiz.
Alcoy..........	Martí.
Algeciras.......	Muro.
Alicante........	Viuda de Ibarra.
Almeria........	Alvarez.
Avila..........	Lopez.
Badajoz........	Coronado.
Barcelona......	Cerdá.
Idem...........	V. de Bartumens.
Bejar..........	Lopez Coron.
Bilbao.........	Astuy.
Burgos.........	Hervias.
Cáceres........	Valiente.
Cádiz..........	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena......	Pedreño.
Castellon.......	J. Maria de Soto.
Ceuta..........	M. G de la Torre.
Ciudad-Real.....	Acosta.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.
Córdoba........	Lozano.
Coruña.........	Lago.
Cuenca.........	Mariana.
Ecija...........	Giuli.
Ferrol..........	Taxonera.
Figueras.......	Viuda de Bosch.
Gerona.........	Dorca.
Gijon..........	Crespo y Cruz.
Granada........	Zamora.
Guadalajara.....	Oñana.
Habana.........	Charlain y Fernz.
Haro...........	Quintana.
Huelva.........	Osorno é hijo.
Huesca.........	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.
Jaen...........	Idalgo.
Jerez...........	Alvarez.
Leon...........	Viuda de Miñon.
Lérida.........	Sol.
Logroño........	Brieba.
Lorca..........	Gomez.
Lucena........	Cabeza.
Lugo..........	Viuda de Pujol.
Mahon.........	Vinent.
Málaga.........	Taboadela.
Idem...........	Moya.
Mataró.........	Clavel.
Murcia.........	Hered. de Andrion
Orense.........	Perez.
Orihuela........	Martinez Alvarez.
Osuna..........	Montero.
Oviedo.........	Martinez.
Palencia........	Hijos de Gutierrez
Palma..........	Gelabert.
Pamplona.......	Rios.
Pontevedra.....	Buceta Solla y compañia.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Reus...........	Prius.
Ronda..........	V.ª de Gutierrez.
Salamanca......	Huebra.
San Fernando...	Martinez.
Sanlúcar........	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander......	Hernandez.
Santiago........	Escribano.
San Sebastian...	Garralda.
Segorbe........	Gra. Campos.
Segovia.........	Salcedo.
Sevilla.........	Alvarez y comp.
Soria...........	Rioja.
Talavera........	Castro.
Tarragona......	Font.
Teruel.........	Baquedano.
Toledo.........	Hernandez.
Toro...........	Tejedor.
Valencia........	I. Garcia.
Idem...........	J. Mariana y Sanz.
Valladolid......	H. de Rodriguez.
Vigo...........	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria.........	A. Juan.
Ubeda..........	Peréz.
Zamora.........	Fuertes.
Zaragoza........	V. de Heredia.